

Imprimándome de ti

Evelin Rosso

"Desde el fondo del mar tus súbditos saldrán,
a defender al rey que consigo trae la paz...."

E. Rosso

Imprimándome de ti

Capítulo 1

Suspiró, con labios caprichosos, mirando hacia la fuente, viendo la vida mundana de la tierra. Una campesina reía mientras corría por las hierbas altas siendo perseguida por su marido.

El amor...

Sonrió, negando. Por supuesto ella no tenía esa clase de aventuras, su vida no se alteraba y los días, eran siempre perfectos.

Como la hija de Kairosk, Dios de los Cielos, Anisa, disfrutaba de la vida plena que el Olimpo ofrecía. Aguas cristalinas, cielos despejados, temperatura ideal, un sol que resplandecía su piel y todas las comodidades de la hija primera de un Dios como Kairosk.

Sin embargo, Anisa se aburría y a menudo, espiaba la vida terrícola de abajo viviendo de cierta forma a través de ellos

Realmente estaba muy enganchada a la preciosa historia de amor entre un guerrero y una joven sierva, se miraban con sus ojos resplandecientes cómo si nada más existiera en el mundo...

Ella no recordaba la última vez que había sonreído de puro goce... Viendo siempre aquel perfecto paraíso y sus perfectos habitantes. Y ella misma lo era.

Su pelo, era perfecto, por supuesto. De color oro a juego con sus relucientes ojos azul cobalto y su piel rosada que resplandecía bañada en oro puro. Tenía pequeñas pecas en su nariz y mejillas, en armonía con largas pestañas y cejas perfectas, nada menos.

¿Su cuerpo?

Bueno su cuerpo era perfecto, claro. Medidas perfectas de una joven saludable. Curvas en donde tenían que estar y pequeños pechos creciendo aún. Ella toda era, una auténtica Diosa.

Infló su pecho sintiendo cierta rabia, odiaba no tener defectos. Siempre viéndose perfecta, siempre luciendo como una Diosa...

Anelando tener aquella libertad de la tierra...

Con un dedo, consiguió cambiar el curso ante un incidente inminente que podría matar a la sierva, haciendo que aquella alimaña venenosa

desapareciera de su camino.

El guerrero levantó a la mujer dando vueltas con sus manos alrededor de la fina cintura, su sonrisa era tal que la diosa sintió su corazón encogerse.

Anisa miró la fuente afligida mientras a su alrededor el pacífico día soleado se disipaba convirtiéndose en un amargo día gris.

La Diosa no supo lo que hacía hasta que su resplandor en la gran sala, fue la única fuente de iluminación. Despegó sus hermosos ojos cristalinos de la fuente mirando a su alrededor sintiendo el aire volverse frío de repente.

—¿Tu padre no te enseñó a que no provocarais tormentas dentro de palacio?

Ella se giró mirando hacia Yasser y llevó una mano a su pecho suspirando mientras lo miraba de mal humor.

—Largo de aquí.

Él había crecido, o quizás ella había estado demasiado tiempo sin verlo. El tiempo en el cielo, pasaba de manera distinta al de la tierra. Ella estaba casi segura que habían pasado al menos cien noches sin verlo.

Cuando llegaba a la edad adulta, el tiempo pasaba de manera más lenta. Al contrario pasaba en el inframundo, el tiempo iba a gran velocidad, quizás era por eso que Yasser, hijo del Dios de la Muerte ahora lucía como un auténtico Dios caído.

Anisa frunció el ceño, molesta. De todos los dioses tenía que ser él...

—El camino al inframundo está por allí Yasser.

Yasser.

Hasta su nombre era sexy. Pero él lo era más.

Yasser era el futuro Dios de la muerte, su padre Taylos, que antes era un Dios del Olimpo, había violado las normas al tener un amorío con una de las Diosas estando amarrado a Daneshia, diosa de la sabiduría, y lo habían desterrado y a su amante, la habían mandado a las profundidades del mar.

Era alto, condenadamente alto, blanco como la nieve y bajo sus ojos, ojeras oscuras se marcaban. Su mirar era gris relámpago y su pelo oscuro como la noche. Además de tener un físico bien trabajado sus ojos fríos

estaban delineados enmarcando su mirada.

Era todo un príncipe del inframundo, por supuesto.

—Su alteza, siempre es un placer verla —sus ojos grises centellaron mientras examinaba su anatomía femenina—. Veo que vuestros pechos siguen sin crecer, hay cosas que simplemente no pueden ser.

El modo en que lo dijo hizo enloquecer a Anisa, la forma soez a la que él se refería al cuerpo femenino era completamente inapropiado.

—Veo que el tiempo no te ha cambiado Yasser —ella se giró cruzándose de brazos mientras sentía su piel salpicarse de pequeñas gotas de lluvia, miró al techo viendo las nubes relampagueando sobre ellos.

Yasser también miró hacia arriba alzando una ceja para luego acercarse sigilosamente hasta dónde estaba la Diosa.

Su cuerpo seguía siendo tan juvenil cómo lo recordaba sin embargo, ella había cambiado su vestido por uno mucho menos revelador tapando incluso sus brazos con pequeños bordados que brillaban como estrellas sobre su piel. Su cabello había crecido y ahora caía libre hasta sus caderas.

—Y aún no sabéis controlar el tiempo... —Se mofó él dejando de respirar al colocarse a su lado, apretando sus manos en puños evitando tocarla.

Miró aburrido hacia la fuente viendo a la pareja.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy recolectando un par de pobres almas, está siendo un buen día para el negocio.

Ella parpadeó varias veces, incómoda por su humor negro.

—Los lobos están luchado contra los gatos, ¿verdad? Personas están sufriendo, perdiéndolo todo Yasser...

—Y yo estoy ganando muchos siervos para mi reino, la muerte es así.

Su falta de sentimientos y tacto enfurecía a Anisa.

—¡No pintas nada aquí, puedes irte!

—No soy uno de tus siervos, alteza. No tengo que obedecerte.

El Dios se colocó detrás de ella, mirando hacia el agua en donde podía observar a la mujer besar al hombre vorazmente.

—Sexy chica. Una pena que no sea su hora.

—Eres... —Ella posó su mano por el agua, difuminando la imagen haciendo que volviese a ser un estanque normal.

—¿Soy...?

Al girarse, se topó a escasos centímetros del rostro del otro.

—Un...un des...vergonzado.

—Cuidado alteza, que no se le permite decir malas palabras.

Ella se alejó, enfadada, trastabillando con uno de sus pies. Un fuerte brazo la sujetó estabilizándola.

Un fuerte resplandor iluminó la fuente haciéndolos girar a ambos.

Una mujer con un largo vestido esmeralda corría colina abajo alejándose de la barbarie. Cargaba en su cabeza una corona y en sus brazos una niña.

—¿Aún sigues espionando eso? —Murmuró con amargura negando mientras sonreía con cierta satisfacción—. Debo decir que ella será una hermosa esclava en el inframundo.

Eso captó la atención de Anisa quién lo miró sobrecoyida abriendo ligeramente sus labios.

—¿Ella va a morir?

—¿Qué esperabais su alteza? Ella tendría que haber muerto hace años ya. Ese hombre lobo la devolvió del inframundo con sangre del hijo de la luna, no puede escapar del destino, nadie puede...

Anisa estaba concentrada en su propia tragedia que no pudo captar el deje amargo de sus últimas palabras.

—¡Eso no puede ocurrir! —Desesperada tomó el brazo de Yasser sacudiéndolo un poco—. ¡Debes impedirlo!

—¿Y por qué habría de hacerlo? —Él la miró unos segundos sonriendo ampliamente antes de soltarse—. Ellas están condenadas.

—¡Debe haber otra forma! —Anisa corrió hacia su pequeño baúl abriéndolo de golpe, buscando entre los muchos pergaminos que tenía.

—¿Qué estáis haciendo... ? —Yasser se acercó mirándola dudoso—. ¿Eso no son los pergaminos sagrados...?

—Debe haber una solución...

Un trueno retumbó en la habitación. Yasser miró hacia arriba tocando el hombro de Anisa quién seguía rebuscando.

—Ella ha pedido ayuda al inframundo... Lo siento Anisa...

Encerrándola en sus brazos, Yasser hizo una mueca mientras la Diosa lo golpeaba y gritaba.

—¡Debemos impedirlo! ¡Si no lo hacemos ellos...!

—Ella ha hecho un pacto de muerte a cambio de la vida de su hija... Es ahora cosa del inframundo...

—¡Suéltame!

—Lo siento su alteza..pero esta alma es mía.

Las nubes se volvieron negras cuando el humor de Anisa cambió y ambos quedaron en completa oscuridad salvo la diosa que brillaba por la luz de su propia piel, en condición de Diosa De los Cielos, e iluminaba tenuemente todo el lugar.

Anisa tomó de las ropas a Yasser y lo zarandeó contra ella.

—¡Necesito salvar a esa niña! Y tú, vas a ayudarme.

—Yo no soy uno de vuestros ángeles... Ni los estúpidos Dioses. Yo no me inclino ante nadie —Yasser la tomó de su muñeca, mirándola iracundo.

El color fue desapareciendo de ella lentamente mientras su dorada piel se volvía blanca como el papel, ella parpadeó varias veces sintiendo sus fuerzas desaparecer y su cabello se volvía negro ebra a ebra. De repente, Anisa parecía un ser del inframundo, su piel grisácea brillaba de manera fantasmagórica y sus ojos resaltaban en grandes ojeras oscuras.

—Eso es lo que ella sentirá cuándo muera, ¿acaso sois tan desalmada de dejar a un reino indefenso por la vida de una niña? El rey ya ha muerto, si muere la reina...

—¡Si muere! ¡Él acabará con todo! ¡Las estrellas... ! Y el hijo de la luna...
—Anisa cayó de rodillas al suelo mientras intentaba respirar.

Yasser la soltó de golpe y se alejó colocándo sus manos temblorosas en sus caderas y cerró sus ojos con disgusto.

—¡No podéis saberlo!

—¡Si puedo! —El resplandor volvió lentamente a su cuerpo mientras Yasser miraba a la mujer levantarse lentamente recuperando todo su color—. ¡Lo he visto! ¡Ella tiene que vivir!

—De cualquier manera no os ayudaré.

Anisa miró el pequeño reloj de arena que colgaba de una de sus estanterías, le quedaba poco tiempo.

—Por... ¡Por favor! —Anisa lo miró dubitativa mientras se acercaba a él—. ¡Si me ayudas, prometo tener una deuda contigo!

Los ojos grises de Yasser relampaguearon de golpe, mientras una extraña sonrisa se extendía por su cara lentamente. La miró un largo rato estudiando su rostro.

—¿Una deuda de por vida? —Alzó su mentón entrecerrando sus ojos.

—Todo lo que dure mi eternidad —Murmuró ella segura mientras cerraba sus ojos.

—Tomo vuestra palabra alteza... —Yasser se acercó, alzando una mano descubrió un hombro de la mujer y marco una cruz en el aire, que se marcó en la perfecta piel de ella cicatrizando en segundos—. Con esto, podréis entrar al inframundo para cuándo os necesite.

Ella miró la cicatriz sintiendo que había cometido un terrible error, sin embargo asintió y ambos se acercaron a la fuente. Ella lo miró un momento, levantando su mano hacia él.

Yasser miró la dorada mano y la tomó con la suya, ambos comenzaron a susurrar antiguas palabras de los cielos, invocando a la Diosa caída, que hacia en el fondo del mar.

Ambos terminaron sus oraciones mientras poco a poco el agua se volvía cristalina y brillaba con luz propia, mostrando a la mujer en la tierra desvanecerse en la arena, cerrando sus ojos por última vez mientras las extrañas criaturas se llevaban a la niña al fondo del mar.

—¿Cómo harán para devolverla a la tierra...?

Yasser soltó su mano y tomó de entre sus ropas un pequeño reloj de bolsillo, con él, detenía la vida de todo aquel que fuese llamado a servir a su propio reino. El nombre de la niña apareció en el diminuto cartel que tenía en el centro debajo de las manecillas. Pulsó el botón que tenía parando el tiempo, deteniendo los segundos de vida que le quedaban, sin dejar de pulsarlo, alzó su otra mano libre y puso su palma hacia arriba. Soplando sobre ella haciendo círculos invisibles en el aire, formó pequeñas criaturas negras y luego llevó su palma al agua, dejándolos caer sobre la superficie viéndolos desvanecerse en el agua.

—Ellos llevarán su alma hasta ella...

Yasser soltó el botón y el tiempo enloqueció, las manecillas volvieron hacia atrás, en contra reloj, recuperando años de vida que no le pertenecían, tan rápido que incluso el reloj bajo la palma de Yasser ardía.

—Gracias —murmuró Anisa cuando las manecillas pararon de golpe, volviendo a andar lentamente con normalidad.

Yasser se alejó de la fuente, dándole la espalda.

—No me lo agradezcáis alteza. Volveré a cobrar mi deuda.

Ella asintió, viendo cómo el desaparecía en la oscuridad. Miró su palma, aún fría que había estado en contacto con la suya.

De alguna manera, había sentido una extraña conexión y su pecho, dolía tan fuerte...

Sin perder tiempo Anisa corrió hacia su estantería tomando su reloj de arena y lo volvió a colocar del revés.

Las nubes se fueron, la habitación volvió a resplandecer y la fuente, tan sólo era agua. Fuera, el día brillaba y las risas de todos se escuchaban.

Su pecho volvió a sentir aquella calidez tan acostumbrada, de la felicidad plena. Sin embargo, Anisa por unos segundos, extraño aquellos momentos pasados al lado de Yasser, cuando el frío había sido compartido...

Suspiró jurando proteger a la princesa legítima de los felinos por el resto de su eterna vida.

Así en la tierra, cómo en el cielo.

E.Rosso□

Capítulo 2

La fugitiva, sin dejar de mirar atrás corría entre las rocas hacía su salvación.

Sus pies se hundían en la arena mojada, arrastrando su largo vestido verde esmeralda a lo largo de la costa mientras a su espalda una guerra se cernía.

En sus finos brazos cargaba a su heredera, de largos rizos y piel canela. Al igual que su madre, llevaba una corona puesta, con grandes gemas mostrando así su realeza. Su pequeño vestido blanco manchado, descalza y en sus infantiles manos portando los restos de la sangre de aquel que la concibió.

Allí, donde el mar y la arena se juntan para ser uno, cayó la pelirroja mujer, con sus lágrimas brotando empapando sus mejillas pálidas. Sus labios temblorosos besaron la frente de su niña una última vez. Es lo correcto, pensó dándose fuerzas. La depositó acto seguido, sobre la arena mojada, mezclando la fina tela con el agua salada provocando que la niña gimiera disgustada.

Temerosa, alzó sus ojos al cielo, pidiendo perdón silenciosamente. Sus dedos, rojos de sangre seca ajena, trazaban símbolos paganos sobre la arena mientras de sus labios, en lenguaje gristkov recitaba de corrido las palabras necesarias para atraerlas:

Salid,

salid de donde estéis,

oh diosa.

Diosa de las profundidades,

venid a la orilla,

donde el corazón puro late,

donde carne de mi carne,

ruega de vuestra piedad.

Silencio.

La reina miró a su alrededor sintiendo la batalla abrasar su nuca.

Desesperada volvió a llamar.

Me ofrezco a ti,

para hacer de mí

vuestra voluntad.

De una reina

a otra reina.

Pido la piedad,

negada por los Dioses.

El cielo comenzó a oscurecerse y con él, una tormenta se formó en las lejanías. De pronto el aire se levantó, arremolinando la arena a su alrededor y la niña comenzó a llorar. El agua helada intentando arrastrarla a las profundidades, garras invisibles tomándola a su cuidado.

El corazón de la reina latía de miedo, del más puro terror, ante esas criaturas que poco a poco iban acercándose hacia la playa. Alentada por la necesidad de proteger a su pequeña, prosiguió, tomando entre sus manos a su hija que ahora yacía empapada convertida en un pequeño gato , reteniéndola a su lado.

Solo, pido un favor,

a cambio de la libertad.

Borrad el dolor,

borrad el horror,

haced de mi hija solo un error.

¡Oh Diosa de las profundidades!

¡Venid, corred!

¡A cambio de la libertad!

¡Reclamo vuestro trono,

reclamo la corona sagrada!

Carne de mi propia carne,

sangre de mi sangre,

cambiad el curso trazado,

cambiad la historia.

Y después de un largo silencio, en donde el viento azotaba su cara sin piedad, sus llamados fueron escuchados... Por fin.

Manos gélidas y blancas como huesos, se asomaron en la orilla, serpenteando hasta ella. Mujeres semidesnudas, salieron de las profundidades, clavando sus grandes ojos amarillos mezclados con los restos de su humanidad de mirar verde, sobre ella. Sus labios rojo sangre y sus dientes puntiagudos hacían juego con grandes garras en vez de finos dedos. Cola en vez de piernas, era así la leyenda, que ahora ante los ojos de la joven reina cobraba vida.

—A cambio de su vida, la tuya —dijeron al unísono, en una voz poca humana y gutural.

La mujer miró a la felina a e implorando a los Dioses fuerza, asintió respirando su último aliento de vida.

E.Rosso□

Bonus: *está historia la escribí con 14 años... Y perdí la libreta con el final en una mudanza. Han pasado 12 años desde entonces y aún sigue en mi mente...*

Capítulo 3

Érase que se era, en un mundo muy distinto al que conocemos, donde los humanos no son más que animales cambia formas, donde no había ciudades sino manadas de las diferentes especies y las cuales estaban divididas por territorios.

Cada territorio, contaban los entendidos, pertenecía a un Dios, quién al mismo tiempo, había hecho entrega de sus tierras a la familia alfa de cada especie, para que la manejaran a su parecer y repoblaran la tierra. Muchas guerras aparecieron debido a la codicia de las familias por tener más territorio, convirtiendo a muchas especies en esclavos de los conquistadores y muchos otros corrieron la suerte de morir defendiendo a los suyos, extinguiéndose de manera irreparable.

Entre las familias más poderosas y que más terreno había conseguido, formando todo un reino, era la manada de los lobos.

Contaban también, que la hija de uno de los Dioses había bajado a la tierra en una excursión, quedando enamorada de un lobo que estaba agonizando a los pies de una montaña, que decían, era la puerta del cielo; la Diosa locamente cegada lo curó y le concedió el mayor don que se le puede dar a un hombre, la fuerza de un Dios. Como todas las leyendas y cuentos, el final no acaba bien pero la diosa consiguió concebir una nueva especie de lobo mucho más grande, capaz de aguantar las más bajas temperaturas, fuerte y ágil.

Por cada lobo alfa nacerá una nueva cría heredando los poderes de su padre...

Durante siglos, se han buscado a las más bellas y fuertes concubinas del territorio para que engendren a dicho guerrero y una vez que el embrión estaba dentro, este le pasaba parte de su fuerza a la concubina. Al dar a luz y con el pasar de los años, se fue creando una sub-raza de los alfa, dado que la concubina era liberada y ella se imprimaba de su pareja teniendo verdaderas camadas, fuertes pero no tanto como las primeros. Otros lobos, los que no conseguían imprimirse con la sub-raza, fueron quedando en su especie arcaica, menos resistentes e inútiles para luchar en las guerras, por tanto pasaron a servir al reino.

Con el pasar de los tiempos, se asentaron así tres clases de lobos, alfas, sub-alfas y primitivos.

Durante muchos siglos el alfa no tenía el derecho de imprimirse, primero se aseguraba la especie y luego era libre de encontrar a su pareja con la que no podría procrear debido a que solo podían tener un hijo en toda su vida; muchas veces no llegaba a hallar a dicha pareja, convirtiéndose en

un lobo solitario y feroz y con el tiempo, volviéndose loco. Como significaban un peligro para el reino, el futuro rey, su propio hijo, lo mandaba matar.

Esto no era aplicable en los sub-alfas y los primitivos, estos en la luna llena se reunía con sus semejantes en una hoguera en el centro del pueblo, bailando, comiendo, riendo y buscando a sus parejas respectivas. Pero todo había cambiado con la llegada del príncipe Ashlec, conocido como El Travieso, quién se había imprimado a la edad de quince años en una de sus escapadas del castillo, de una joven panadera; procreando así un lobo alfa con su pareja años posteriores, trayendo la paz al reino después de muchos siglos. A partir de entonces, las leyes cambiaron, si el hijo del rey no se imprimaba antes de los veintiuno, se le daba una concubina para procrear, para asegurar así la supervivencia de los alfa.

Recordemos que el lobo alfa solo podía procrear un hijo en toda su vida. Por lo tanto no podía tener hijos en el caso de encontrar su pareja y corría el riesgo de enloquecer si la hembra decidía abandonarlo; de ahí que desde que el lobo cumplía la tierna edad de trece años, se organizaran fiestas trayendo a todas las lobas sub-alfas del reino para encontrarle así dicha mujer, creando una barrera entre sub-alfas y los primitivos. Las clases sociales se consolidaron y los primitivos poco a poco abandonaron el pueblo para vivir a las afueras convirtiéndose en campesinos.

Mientras en el castillo del lobo alfa y los sub-alfas, una gran fiesta se daba lugar en el comedor principal en la luna llena para encontrar pareja y procrear descendencia, cada lobo buscaba su pareja y para encontrarlas debían tener ese aroma en su piel que solo su otra mitad podría reconocer. En el caso del rey Arhán, había conseguido encontrar a su pareja a los dieciséis, Mermeia, una joven sub-alfa bisnieta de una de las tantas concubinas de sus antepasados, que olía a motas de hierba buena y toronja. Juntos, bajo su primera luna llena, con la edad de dieciocho años, habían engendrado a Khan, el hijo de la luna.

Cada cien años, nacía un hijo alfa que sobresalía del resto, era llamado el hijo de la luna, las leyendas contaban que era así como se honraba a la Diosa y que estaba predestinado a lograr grandes cosas para su reino. Khan era el único de su especie con la piel tostada y brillante, sus ojos verdes como los bosques y su pelo gris como el cielo de aquella su tierra. Este niño nacía con muchísima más fuerza que sus antepasados, era casi un semidiós, indestructible ante los ojos de los cambia formas y frío como el hielo.

El pequeño heredero ya visitaba su reino de manera oficial a la tierna edad diez años, el cual estaba dividido por el castillo del rey y sus súbditos, la burguesía sub-alfa que vivía en el pueblo y los primitivos, que eran los

campesinos.

Pero no tan solo lobos vivían en el reino, en muchas batallas habían conseguido esclavos de otras especies, los cuales eran utilizados como moneda de cambio con otros reinos. Los que no eran vendidos, que siempre solían ser niños, se los trasladaba a las afueras junto a los primitivos, gente dócil, para trabajar en los campos del reino hasta poder tener la edad suficiente para servir en el castillo.

La última especie en caer ante los lobos, en aquel entonces, era la de los gatos monteses; parte de la manada de los tigres habían comprado a casi toda la población, para esclavizarlos en sus dominios y crear una nueva especie entre los gatos y los tigres, llevando así a las hembras felinas a una muerte segura. Otros con mejor suerte, habían sido vendidos en distintos reinos y los que no quería nadie, fueron enviados a las tierras de los lobos, a trabajar con los campesinos. Entre ellos iba en aquel entonces, nuestra pequeña Inés de tan sólo cinco años...

Es aquí donde comienza esta historia, cuando Khan D'Assemps, príncipe de los lobos cumplía sus veinticinco inviernos muchos años después...

Pero primero, quizás tengamos que empezar por la noche más trágica del reino...

Capítulo 4

☐☐The king of the
highlands~Antti Martikainen

***Allá, donde se esconde el mar
donde la luz nacerá, te estaré esperando
con una promesa de amor...***

***Desde el fondo del mar, tus súbditos saldrán...
Para defender al futuro rey,
que consigo trae la paz.***

Las olas del mar jugaban con su cabello, meciéndolo lentamente en una dulce sinfonía de amor. Sus pies fríos sumergidos en ese mar helado fundiéndose con la oscuridad de la lejanía, la arena escapando de sus pies, corriendo, llegando tarde al fondo del océano. Bailando, riendo al son de las gaviotas que desde el cielo vigilaban a la joven jugar con la marea, arrastrándola despacio hacia sus profundidades, hasta que su vientre estuvo cubierto y las puntas de sus cabellos se mojaron tiñéndose de un color oscuro.

De sus labios, en un idioma no conocido, hereje, recitaba de memoria aquellas frases que a su mente acudían en sueños, noche tras noche...

Esa lengua era el gristkov, considerado el lenguaje de las sirenas que habitaban los mares, mujeres expulsadas a las profundidades de la tierra, por atentar contra los cielos y sus dioses según contaban las leyendas. Pero todo esto, la joven y dulce Ineset, no lo sabía.

—¡Inés!

A lo lejos una joven rubia mecía su mano intentando llamar su atención.

—¡Debemos volver ya, la noche está al caer! —gritó desde la orilla.

Inés, sumergida en las aguas asintió y con pasos rápidos salió del mar sonriendo en paz, muy al contrario de la joven de la orilla, quién sujetaba con demasiada fuerza su cesta.

—Lo siento, madre Elka nos matará, deberíamos haber partido hace tiempo...

Excusándose la rubia le pasó un pañuelo largo bastante sucio con lo que la joven pudo tapar su vestido empapado al llegar a la orilla. Ambas alejaron sus pasos de la arena adentrándose en el bosque, poco a poco, con la oscuridad invadiéndolas mientras el sol se escondía.

—Ella dijo que tuviéramos mucho cuidado en esta noche -la rubia miró nerviosa hacia todos lados.

—Tranquila Pam, no debes temer, estamos seguras dentro del territorio de los lobos... Aún la luna no se ha alzado —susurró la otra sonriendo animada.

Su cabello ondulado caía sobre el fino manto empapándolo, sus pies mojados se embarraban aún más dejando huellas profundas a su paso mientras cruzaban el largo bosque camino al pueblo de regreso.

—Cuéntame sobre él —la morena desvió sus ojos del camino, mirando a la rubia—. ¿Os habéis besado?

—Oh Inés —Pam se sonrojó tanto que parecía brillar en la oscuridad—. Al fin sí, me besó detrás de los cobertizos. Va en contra de la normas, pero fue mágico...

—Me lo imagino... —suspiró la otra mirando al cielo risueña.

—Gracias por acompañarme Inés y más en una noche como esta...

—Ha sido una locura irte tan lejos para verle pero estoy contenta de haber podido disfrutar del mar...

Inés miró al frente sonriendo para quedarse petrificada.

Delante de las jóvenes un robusto hombre se alzaba entre las sombras a unos pocos metros, camino al sendero del pueblo. Llevaba una larga capa y una capucha escondiendo su rostro. Pam nerviosa tomó a su amiga del brazo e intentó retroceder haciendo crujir las hojas secas bajo sus pies descalzos, ambas podían sentir el aura de fuerza y furia que el hombre desprendía. A lo lejos, las campanas del reino tocaban sin cesar, alertándolas demasiado tarde.

El intruso se giró, para encontrarse con dos pares de inocentes ojos, Inés casi pudo verlo sonreír en la oscuridad y el silencio, provocando que su sangre se helase.

Sentía el miedo a flor de piel.

—¡Corre!

Empujó a Pam hacia el camino secundario que daba al pueblo. Mientras su amiga escapaba mirándola asustada perdiéndose entre los árboles, Inés se volvió para mirar al hombre. Habló en voz alta en un idioma que ella no pudo comprender pero sus instintos le decían que no era algo bueno. A los segundos, una sombra de un gran oso pardo apareció frente a sus ojos, al lado del camino ensombrecido, para luego perderse tras los pasos de su amiga. Inés asustada comprendiendo en su joven mente que aquellos hombres eran intrusos, echó a correr de puro terror volviendo sobre sus pasos sin saber a dónde huir. Atemorizada, con la adrenalina corriendo por sus venas. Siguiendo sus instintos y al darle esquinazo, la morena trepó al primer árbol que vio, clavando sus uñas afiladas en él, intentando transformarse en su forma animal antes de que unos fuertes brazos atraparan sus piernas y de un tirón la mandaran al suelo. Su cuerpo rebotó sobre la tierra como si de una muñeca de trapo se tratara.

Ajustó su visión a la oscuridad de la noche, buscando a tientas algo con lo que defenderse. Desesperada, tomó entre sus manos un puñado de tierra, viendo al hombre aproximarse sonriendo maliciosamente, sin pensarlo se la tiró a los ojos haciéndolo retroceder, al levantarse su pie le falló enviándola de nuevo al suelo, clavando sus uñas gimoteando en la tierra. Gritó de frustración en voz alta buscando alguna piedra mientras el hombre esta vez enfurecido, se abalanzaba sobre ella. Llevó su mano hacia la cabeza de su agresor impactándola sobre su cráneo pero el hombre no pareció inmutarse. Este rió en voz alta y un olor a putrefacto revolvió su estómago.

Sintiéndose triunfal el hombre se colocó sobre su presa abriendo sus piernas con brusquedad.

Escudriñando a tientas con su mano, angustiada, tomó una pequeña piedra filosa y llevada por su adrenalina rasgó la cara del hombre clavándosela sobre su ojo, haciéndolo retroceder gruñendo de puro dolor, dándole la posibilidad de escapar. Su parte animal estaba dispuesta a luchar, Ineset gritó por ayuda, mientras intentaba gatear manchando de sangre las hojas secas bajo su cuerpo, marcando su rastro.

Sus rodillas ardían y cuando el hombre la tomó de su tobillo y la arrastró hacia sí mismo ella chilló aterrorizada, levantando el vuelo de los pájaros a su alrededor. De un golpe seco, sus ojos se hundieron en la oscuridad mientras el cielo se tornaba rojizo y sus uñas, se aferraban a la tierra.

En la lejanía las olas lloraban chocando violentamente contra las rocas.

Para cuando Ineset abrió sus ojos, el cielo teñido de un rojo sangre comenzaba a difuminarse lentamente dejando paso a un suave gris. El día borrando la noche anterior. Parpadeó varias veces, intentando recordar que había pasado, al erguirse sintió un gran escozor entre sus piernas que envió descargas a todo su cuerpo. Sus ojos ardían y al bajar su mirada, un grito quedó atrapado en su garganta. Temblando llevó sus manos al vestido destrozado, dejando su ingle expuesta. Su decoro ya seco, manchaba parte de su pubis y sus muslos. Sus manos tocaron la zona hinchada y ensangrentada mientras gruesas y tibias lágrimas bajaban sin control por sus mejillas.

Completamente destrozada.

Aún conmocionada miró a su alrededor, para encontrarse completamente sola cerca de la orilla del río. Su cuerpo helado ahora dolía, su espalda ardía, sus brazos comenzaban a tener hematomas y en sus piernas unos grandes cardenales en formas de manos comenzaban a formarse. El dolor y el escozor dentro de su cuerpo, era insoportable, las paredes de su vagina rasgada, se contraían con cada movimiento, mandando dolorosas descargas al resto de su cuerpo.

Desesperada intentó levantarse sin éxito, apenas podía mantenerse en pie. Sin comida en su organismo y terriblemente adolorida era una presa fácil para cualquiera que aún siguiera merodeando esas zonas. Volvió su mirar hacia el agua del río que era el único sonido que cortaba aquel extraño silencio. Gimiendo y arrastrándose sin dejar de llorar sobre la hierba mojada, consiguió llegar hasta la orilla, adentrándose en las frías aguas sintiendo como miles de agujas se clavaban en todo su cuerpo. Sin embargo el escozor caliente interno no parecía acabar.

—Allá donde se esconde el mar, donde la luz nacerá... —sus dientes castañeaban mientras intentaba susurrar su dulce melodía.

Pam vino a su mente y más lágrimas cayeron mientras dejaba su cuerpo laxo flotar entre los árboles, la sangre lavándose despacio, drenando su poca energía. Más recuerdos vinieron e Inés hubiese preferido nunca recordar. Las lágrimas parecían ya no ser suficientes. No supo en que momento sus párpados comenzaron a pesar pero sentía su final cerca. Su vida fluyendo por la punta de sus dedos mojados, el río oscuro y profundo amenazando con dejarla partir a un más allá esperanzador.

Reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, Ineset intentó tomarse de las piedras resbaladizas, aferrándose a lo más cercano, una rama caída en la orilla. Negándose a dejarse ir hacia las puertas de la muerte pero estaba demasiado débil para luchar y por un momento, su mente pensó que quizás era mejor no hacerlo. Casi sin quererlo sus párpados se cerraron entretanto sus labios ya morados emanaban su último aliento de vida justo en el mismo momento en el que unos fuertes brazos la sacaron

del agua.

Los dioses han venido a buscarme, pensó ella sonriendo débilmente mientras el frío la abrazaba.

Y la oscuridad se la comió, arrastrándola a lo más profundo de su ser, en donde el dolor, no existía.

El hombre de cabello corto y gris miró a la niña, abandonada cual animal a su suerte. Llena de barro, hierba y sangre. Había estado patrullando la zona en busca de heridos, de más rebeldes y el viento le había traído aquel olor dulzón.

Le era familiar...

Su lobo inmediatamente tomó las riendas, guiándolo hacia aquel extraño y exquisito aroma. Lo que nunca esperó fue encontrar a aquel boceto de mujer, sin formar y media muerta tirada en medio del lago.

El cielo rojo suave aún parecía dejar emanar la amenaza en el aire y sin pensarlo con paso rápido la sacó del agua sin importarle mojar sus ropas ensangrentadas, afinando su oído para suspirar aliviado al escuchar su leve e irregular respiración. Su lobo interior quería aullar, tomarla en brazos y correr tan rápido como se lo permitirían sus dos piernas humanas para ponerla a salvo en la torre más alta que tuviera.

Cerró los ojos, sintiendo el peso de la culpa caer en su espalda.

La niña, si es que apenas llegaba a sus dieciséis primaveras, estaba casi desnuda, con claros signos de violación en todo su cuerpo y con una fuerte contusión en su cabeza. Gruñó por lo bajo, luchando contra la tentación de localizar el olor del intruso, perseguirlo y luego despedazarlo lentamente en su mazmorra.

La idea era tentadora.

Demasiado.

Su expresión se suavizó al mirar su pequeña cara, parecía ajena a lo sucedido pero había luchado, con uñas y dientes. Estaba orgulloso de ella y no pudo evitar sonreír tristemente. Suspirando se agachó a su altura, y un velo de indiferencia cubrió su mirada dos segundos más tarde. La tomó de su infantil y bronceado rostro con ambas manos, observándola durante varios segundos, sus pequeños labios violáceos. Era bella, tan exótica y bonita como la luna. Y estaba seguro de que brillaba como el sol cuando sonreía.

Su cuerpo laxo no opuso resistencia. Sus mejillas sin vida y su boca a medio abrir indicaban que realmente se estaba muriendo. Los dedos del joven comenzaron a mojarse con su roja sangre, si lo hacía rápido, ella no sufriría. Dormiría eternamente sin enterarse de las condiciones en las que se encontraba.

La miró por un momento, deseando que ella le mostrase su mirada, suplicándole que no lo hiciera. Había hecho esto muchas veces, en la batalla era misericordioso con los vencidos y les otorgaba la paz, no importaba su bando. Su lobo interior no podía ver sufrir a nadie que no era más que un peón en el juego de reinos y Dioses. Pero una niña... jamás lo había hecho.

Llevó una de sus manos a su cuello mientras con delicadeza con su mano libre, la tomó de la cintura apoyándola en su brazo. Miró su cuerpo, magullado y sus manos inertes a cada lado. Su víctima no pondría resistencia alguna y aunque lo hiciera, no conseguiría ganarle.

¿Qué le impedía pues matarla?

¿Darle el descanso eterno?

Había cargado las suficientes muertes en su espalda como para reinar todo el inframundo, solo era una muerte más, un pecado más a su larga lista. Sin embargo, su lobo interior rasguñaba por salir, indeciso, demasiado fascinado por el olor que el juvenil cuerpo desprendía incluso a las puertas de la muerte. Pronto amanecería y si se iba y la dejaba allí, moriría agonizando lentamente o volverían a por ella y le harían más daño aún.

La dejó de nuevo en la hierba, con cuidado, observándola... Era una locura. Incluso si funcionaba, no sabía si podría aguantar el cambio.

Era una primitiva, una felina demasiado joven que había perdido demasiada sangre.

El cielo como dándole una señal, comenzó a teñirse de un suave celeste, alertándolo de la llegada del amanecer. Sin pensarlo más, tomó de su cuello el collar que ocultaba bajo sus ropas, en forma de botella fina que contenía un líquido rojizo.

Su sangre.

Nadie debía saberlo, salvo los Dioses y los reyes. La sangre de un alfa, podía curar a los enfermos. Parte de sus poderes al ser bebidos eran absorbidos y la curación era mucho más rápida. Decían que esto, había sido uno de los regalos de los Dioses a las familias más importantes, para

asegurar su descendencia que gobernaría sobre sus tierras.

Sin embargo, no servía en personas moribundas, ya que el derecho a morir o no, era algo que solamente los Dioses podían decidir. Y ella estaba muriéndose.

Los Dioses debían elegir si ella vivía o moría.

No él.

Pero su lobo interior estaba decidido a no dejarla morir. Y le daba igual, pecar o atentar contra los Dioses, al fin y al cabo, él, no pertenecía a los cielos después de tanta sangre salpicando sus manos. Y así, ante aquel amanecer bermellón, Khan D'Assemps, desafió a los cielos.

Y labios ajenos probaron su sangre, tomando una segunda vida que no estaba destinada a vivir.

Capítulo 5

☐☐ **Nemetona Eta**
Sixarbori ~Tartalo Music

Años después...

Inés se vistió otro día más con su vestido rojo mientras sonreía frente al mugriento vidrio tocando su oreja derecha. Colocó su sucio delantal por encima, planchándolo con sus manos de manera inconsciente y dirigió sus descalzos pies hacia el piso inferior de la diminuta casa. El olor a leña quemada inundaba todo el lugar a medida que la madera crujió bajo sus pies. Niños pequeños correteaban a su alrededor dándole los buenos días mientras ella amorosamente sonreía a todos devolviendo el saludo. Hoy, había vuelto a soñar con él, como ya había hecho en los últimos tres años desde aquel día en donde la había salvado.

Su ángel de los cielos.

Aquel ser alado que la había rescatado cuando su alma se había rendido en el río, liberándola de una muerte segura. Su mirar claro, su gran fuerza... Sabía que era fuerte, incluso cuando el recuerdo de él era cada vez más borroso producto del paso del tiempo, sus ojos fríos seguros seguían brillando en su mente como el primer día. Gracias a su ángel, era por lo que cada día ella conservaba una sonrisa en su rostro, incluso cuando nada parecía ser motivo de celebración.

Ineset, una cambiaformas felina, había crecido en las montañas del reino de los lobos luego de que su reino cayera siendo ella una niña.

No recordaba nada de su antigua vida en el reino de los gatos, había llegado descalza, huérfana y luciendo tan pobre como seguramente era. Madre Elka aseguraba que había sido traída con el resto de los niños que habían capturado al pueblo para ser entregados a los campesinos, los lobos primitivos que debían cuidar de ellos hasta que tuvieran la edad suficiente para servir en el castillo. La precoz felina, no recordaba su nombre y apenas podía hablar, motivo por el cual nadie quería tomarla bajo su protección, pensando que tal vez era retrasada o era una salvaje. Madre Elka, se habían responsabilizado de ella y de algunos otros como siempre, criándolos como sus propios hijos pero sabiendo que muchos de ellos, partirían a servir al castillo, si eran afortunados de llegar con vida a la mayoría de edad.

Había bautizado a la niña como Ineset, antigua palabra que significaba en la lengua de los lobos, ángel, debido a su corazón tan inocente y

cariñoso.

Había crecido a la par de su hija más pequeña Pam y el resto de esclavos, quién le había enseñado a cocinar, limpiar y sembrar la tierra. De por sí, Inés, como la llamaban, era una niña buena, obediente aunque de lento aprendizaje pero de buen desempeño. Cuando había cumplido sus quince inviernos y había podido por fin salir de las tierras en donde cultivaba madre Elka, Inés descubrió el mar en una de sus tantas escapadas y se vio rápidamente atraída una y otra vez hacía su costa. Sin embargo, desde el fatídico día en donde había sido violada brutalmente, dos años más tarde, las puertas habían permanecido cerradas para ella.

Madre Elka se había ocupado de sus heridas, la había bañado y le había dado el té de hierbas para prevenir cualquier posible alumbramiento fruto de aquella noche y luego de algunos días, le había hecho entrega de su nuevo uniforme con gran pesar.

Todas aquellas mujeres que habían sido violadas llevaban un vestido rojo, a modo de recordatorio de aquella horrible noche de luna roja... Había tantas mujeres portadoras de sus vestidos cómo arboles tiene un bosque, sin importar su clase. Pero para las esclavas, era prácticamente como lanzarlas a los perros. Muchos guerreros se aprovechaban de dichas mujeres, pues no tenían derecho a formar familia, para aliviar tensiones (ya que no podían utilizar las concubinas del rey y su hijo, aunque en el pueblo había varias prostitutas primitivas, a las que podían visitar solamente cuando conseguían salir del castillo) causándoles la muerte o el suicidio en la mayoría de los casos, eliminando poco a poco a las víctimas.

Una mujer primitiva que era tomada a la fuerza por un hombre que no era su otra mitad, quedaba marcada para siempre y su aroma se mezclaba con el del hombre u hombres siguientes, haciéndola irreconocible para su pareja; esto solo era aplicable para las especies primitivas que no habían evolucionado como era su caso, era una cuestión de posesividad pura y dura.

Ineset nunca pudo saber, quién había sido el que le había arrebatado su pureza y dejado tal huella en su ser cómo era la sordera de su oído derecho producto de los golpes, eran claramente osos pardos que habían entrado al territorio antes de la caída de la noche como se había enterado al día siguiente. También sabía que no había sido la única, los rebeldes habían asaltado el pueblo y violado a una cantidad considerable de mujeres, ocasionándoles la muerte, además de haber prendido fuego varias casas y la iglesia del pueblo; el rey, había dado caza a los rebeldes e incluso había desafiado al reino de los osos por romper su tratado de paz apoyado por muchos otros reinos temerosos de represalias por parte de los lobos.

Poco más sabía al respecto de aquella noche, Pam había sido encontrada dos días después muerta e Inés así lo prefería; el sueño más ferviente de Pam era poder formar una familia, muchas campesinas primitivas se habían suicidado meses más tarde al no poder soportar ser repudiadas por los hombres jóvenes de su manada, madre Elka no hubiese podido soportar algo así. Por otro lado, algunos primitivos habían enloquecido, muchas de sus parejas eran las campesinas muertas y habían huido convirtiéndose en salvajes. Durante el siguiente año todo fue demasiado turbio, debido a los pocos alumbramientos por parte de los campesinos (la clase primitiva que tenía el reino) suponía menos mano de obra y las muertes por ataques de dichos lobos salvajes en los alrededores de los bosques.

Eso quería decir que el castillo necesitaba con urgencia más esclavos y madre Elka le había anunciado con gran pesar, que dentro de dos días, se mudaría a vivir al castillo.

Inés, aunque triste por tener que dejar a madre Elka, esperaba ansiosa su partida, para salir de aquellas montañas y conocer los alrededores del castillo... Una nueva aventura se cernía sobre ella y esperaba que los dioses estuvieran de su lado, y sobre todo, su ángel de los cielos.

□□□□□□

A pesar de las constantes burlas de sus compañeras por ser de las montañas, una de las zonas más pobres del reino, de las miradas de pena de los esclavos de su misma especie, de los varios intentos de acercamiento de los guerreros, Inés, era una de las esclavas más queridas meses más tarde de su llegada al castillo. Era un alma bondadosa, siempre tenía buenas palabras para todos, una sonrisa adornaba su rostro juvenil cada día, inocente y de risa fácil se ganó el corazón de todos aquellos con los que trabajaba a la par, defendiéndola de todo aquel que quisiese mancillar a la pequeña. Todos conocían su historia y la trataban como una luchadora que había sobrevivido a la luna roja, como muy pocas mujeres lo habían hecho. Entre los mismos esclavos, las mujeres de rojo cómo les decían, eran espíritus rotos pero fuertes y sobre todo en los más ancianos, despertaba gran respeto.

Su belleza crecía día a día mientras era recluida entre las frías paredes de la cocina, sin ver la luz del sol; su piel se había vuelto pálida haciendo contraste con aquel vestido rojo, sus cabellos seguían crecer con dándole una larga cabellera negra y brillante debido a se aseaba a conciencia con los pequeño jabones y aceites que las lavanderas le daban de los restos que ellas mismas hacían para sí. Ineset era una pequeña princesa descalza entre los esclavos, de gran corazón, haciendo honra a su nombre.

Sin embargo, poco sabía la pequeña Ineset lo que los dioses tenían preparado para ella.

-Buenos días Grudd, ¿con que vas a deleitar hoy a los reyes?

Inés entró en la cocina colocándose su delantal para no manchar su vestido, sonriendo, iluminando la mugrosa estancia.

Aquel, era un día especial, Ineset lo sabía. Hoy el príncipe cumplía sus veinticinco inviernos y coincidía con la luna llena de los lobos; como todos los años y como le habían contado sus compañeros, se daba una gran celebración en su honor, tanto en el castillo como en el pueblo.

No sabía demasiado del príncipe, más allá de que era un guerrero sanguinario y temido por todos. Había traído grandes logros para su pueblo desde que había asumido el mando del reino, vigilado de cerca por su padre, además se decía que estaba tocado por los dioses y que era invencible. Sin embargo Ineset, se negaba a creer que fuese más fuerte que su ángel.

—Ineset.

Mornah entró en la estancia, con su mirar altanero, clavando su mirada de desagrado en ella. La agarró de su brazo mirándola seriamente.

—Hoy no vas a atender las cocinas, vas a estar el gran salón, una de estas tontas muchachas se ha enfermado y no para de toser por todos lados. Esperemos no tener que quemar otro cuerpo esta noche.

Mornah era la encargada de vigilar a los esclavos, su familia sub-alfa llevaba siglos atendiendo a la familia real y era mano derecha del rey.

Inés sonrió ampliamente emocionada, dándole gracias por lo bajo a los Dioses. La joven nunca antes había visitado el castillo. Las cocinas quedaban en el sótano y ella dormía un piso más abajo, muchas veces había fantaseado con curiosear el castillo que recordaba por fuera tan hermoso e imponente, sin embargo temía salir de la protección que le brindaban sus compañeros y ser atacada por los guerreros. Ahora estaría vigilada y podría conocer el gran salón. Enya, la única esclava que era su amiga, le había contado que se suponía que en esas fiestas las mujeres lucían hermosos vestidos y violines acompañaban la velada, la comida abundaba y los hombres sacaban a bailar a las mujeres, como si de un cuento de hadas se tratara. Ellas, no sabían lo equivocadas que estaban.

Inés asintió sacándose el delantal siguiendo rápidamente a Mornah por las escaleras. Su melena rubia contrastaba con el vestido negro largo que llevaba y esas cosas puntiagudas en sus pies, que a Inés le fascinaban y que siempre Pam había soñado con poder comprarse algún día, hacían

ruido mientras subían las escaleras de caracol.

Una gran luz la cegó mientras la mujer le colocaba una jarra de leche en sus manos, le señaló la fila donde estaban el resto de las esclavas esperando a servir a los reyes que no tardarían en bajar. Las mujeres la miraron de arriba abajo fastidiadas. Inés sin decir nada caminó hasta donde estaban sus compañeras y se colocó la última en la fila, admirando el gran salón. Se quedó embobada con aquellas cosas colgantes de piedras preciosas en el techo que parecían alumbrar; los altos techos pintados hacían referencia a la diosa, que conocía gracias a las historias de madre Elka. Los arcos estaban pintados en un color que no supo identificar pero brillaba y era amarillo, bonitos retratos colgaban de las paredes, pinturas con la larga lista reyes y reinas adornaban muchas otras, mobiliario fino y elegantemente situado a lo largo de toda la estancia. Además había una hermosa vajilla de reluciente plata colocada en la larga mesa en un altar en donde comía la familia real y detrás sus imponentes y grandes tronos. Todo parecía tan limpio, luminoso y olía tan bien que Inés soñaba con vivir allí para siempre.

Tan enfrascada estaba que no pudo ver a los reyes llegar sentándose a la mesa haciendo caso omiso al resto. Entonces fue cuando ella sintió que la observaban, muy nerviosa giró su cabeza chocando con una mirada verde, dura y fría. El color se fue de sus mejillas mientras la jarra de leche comenzaba a temblar en sus manos.

Allí, sentado al lado del rey estaba el príncipe, estaba quién debía ser Khan D'Assemps, futuro rey y su futuro dueño también. Y por extraño que pareciera, ella tenía la sensación de haberlo visto antes...

Capítulo 6

Khan D'Assemps observaba el horizonte, en donde pequeñas chimeneas desprendían humo, dándole un toque invernal al amanecer. El sol se dejaba ver tímidamente entre las grandes nubes grises, por primera vez en días. Su pelo largo y grisáceo brillaba como plata fina cuando los rayos bañaron su cuerpo dándole los buenos días. De tez pálida y ojos grises, el hombre lucía espectacularmente grande subido a la copa más alta del más alto roble de su reino.

Sus brazos musculosos se dejaban ver debajo de la fina camisa de lino tirante, al igual que el resto de su cuerpo que se veía monstruosamente corpulento y con grandes y fuertes manos capaces de matar con un simple chasquido de dedos. De estatura intimidante, con su metro noventa y ocho, el alfa podía asegurar que no había hombre sobre la tierra más aterrador que él.

Hacía frío a pesar de estar acabando el verano. Pronto el cielo gris se colocaría en lo alto del cielo, por muchos meses. Y la única calidez que podía sentir, se perdería.

Su mal humor se hacía más notorio a medida que el invierno llegaba. Las noches eran más largas y la escasez de comida se haría notar apenas las bajas temperaturas llegaran.

En lo más profundo de su ser envidiaba la vida mundana de todas aquellas familias que por las noches, vigilaba de cerca desde su guarida. Para cuando el sol terminó de elevarse en el cielo, el gran alfa ya estaba camino al gran salón con lo que parecía, una mañana más...

Era ella.

Que cruel era el destino.

El alfa podía sentirla, el ambiente se había cargado con un aroma a menta y chocolate caliente, el mismo que desprendía de la hierba mojada aquella mañana fresca.

Su piel ahora se veía mucho más pálida que aquella vez y sus cabellos eran tan oscuros como la noche y caían en ondas por su espalda. Su figura, aquella que recordaba de huesos y piel ahora se habría pasado mostrando los atisbos de belleza femenina por salir... Sus ojos vagaron por su figura, mirando su desgatada ropa, se notaba le quedaban pequeñas, un vestido rojo sangre desgastado sobresalía del resto de las esclavas. El alfa tragó duro evitando su mirada, sabía muy bien el motivo

por el cual lo portaba. Su lobo interior se mostraba furioso, le quedaba demasiado ajustado y estaba casi seguro de que no llevaba nada debajo de ese vestido, eso lo hizo removerse inquieto, trayendo recuerdos olvidados de hace mucho tiempo atrás...

Uno no olvidaba tan fácil a quién había salvado la vida de una muerte segura.

Claro que no. Y mucho menos si esta, portaba en su sangre, parte de él mismo.

* * * Flashback * * *

La recordaba a la perfección tirada aquella fría y dura mañana, abandonada cual animal a su suerte. Llena de barro, hierba y sangre.

Había estado patrullando la zona en busca de heridos, de más rebeldes y el viento le había traído aquel olor.

Como a dulce... Chocolate y menta.

Le era familiar...

Su lobo inmediatamente tomó las riendas, guiándolo hacia aquel extraño y exquisito aroma. Lo que nunca esperó fue encontrar a aquel boceto de mujer, sin formar y media muerta aferrándose a una rama a orillas del río.

El cielo rojo sangre aún parecía dejar emanar la amenaza en el aire y sin pensarlo con paso rápido se acercó, afinando su oído para suspirar aliviado al escuchar su leve e irregular respiración. Su lobo interior quería aullar, tomarla en brazos y correr tan rápido como se lo permitirían sus dos piernas humanas para ponerla a salvo en la torre más alta que tuviera. Sin embargo la tomó de sus ropas y tiró de ella sacándola del agua rápidamente..

Cerró los ojos, sintiendo el peso de la culpa caer en su espalda.

La niña, si es que apenas llegaba a sus dieciséis primaveras, estaba casi desnuda con su ropa rasgada, con claros signos de violación en todo su cuerpo y con una fuerte contusión en su cabeza.

Gruñó por lo bajo, luchando contra la tentación de localizar el olor del intruso, perseguirlo y luego despedazarlo lentamente en su mazmorra.

La idea era tentadora.

Demasiado.

Su expresión se suavizó al mirar su pequeña cara, parecía ajena a lo sucedido pero había luchado, con uñas y dientes. Estaba orgulloso de ella y no pudo evitar sonreír tristemente. Suspirando se agachó a su altura, y un velo de indiferencia cubrió su mirada dos segundos más tarde. La tomó de su infantil y blanco rostro con ambas manos, observándola durante varios segundos, sus pequeños labios violáceos.

Su cuerpo laxo no opuso resistencia. Sus mejillas sin vida y su boca a medio abrir indicaban que realmente se estaba muriendo. Los dedos del alfa comenzaron a mojarse con su roja sangre, si lo hacía rápido, ella no sufriría. Dormiría eternamente sin enterarse de las condiciones en las que se encontraba.

La miró por un momento, deseando que ella le mostrase su mirada, suplicándole que no lo hiciera.

Había hecho esto muchas veces, en la batalla era misericordioso con los vencidos y les otorgaba la paz, no importaba su bando. Llevó una de sus manos a su cuello mientras con delicadeza con su mano libre, la tomó de la cintura apoyándola en su brazo. Miró su cuerpo, magullado y sus manos inertes a cada lado. Su víctima no pondría resistencia alguna y aunque lo hiciera, no conseguiría ganarle, ¿qué le impedía pues matarla? ¿Darle el descanso eterno?

Había cargado las suficientes muertes en su espalda como para reinar todo el inframundo, solo era una muerte más, un pecado más a su larga lista. Sin embargo, su lobo interior rasguñaba por salir, indeciso, demasiado fascinado por el olor que el juvenil cuerpo desprendía incluso a las puertas de la muerte.

Pronto amanecería y si se iba y la dejaba allí, moriría agonizando lentamente o volverían a por ella y le harían más daño aún. Sus soldados eran hombres repugnantes cuando querían. La dejó de nuevo en la hierba, con cuidado, observándola.

Era una locura.

Incluso si funcionaba, no sabía si podría aguantar el cambio. Era una primitiva, una felina muy joven que había perdido demasiada sangre.

El cielo como dándole una señal, comenzó a teñirse de un suave naranja, alertándolo de la llegada del amanecer.

Sin pensarlo más, tomó de su cuello el collar que ocultaba bajo sus ropas, era una punta de flecha tallada de las piedras de las montañas. La tomó y

rasgó su brazo sin dudarlo, brotando líquido rojo de su blanquecina piel..

Su sangre.

Nadie debía saberlo, salvo los Dioses y los reyes, ni él mismo debía saberlo aún. La sangre de un alfa, podía curar a los enfermos. Parte de sus poderes al ser bebidos eran absorbidos y la curación era mucho más rápida. Decían que esto, había sido uno de los regalos de los Dioses a las familias más importantes, para asegurar su descendencia que gobernaría sobre sus tierras.

Sin embargo, no servía en personas moribundas, ya que el derecho a morir o no, era algo que solamente los Dioses podían decidir.

Y ella estaba muriéndose.

Los Dioses debían elegir si ella vivía o moría.

No él.

Pero su lobo interior estaba decidido a no dejarla morir. Y le daba igual, pecar o atentar contra los Dioses, al fin y al cabo, él, no pertenecía a los cielos después de tanta sangre salpicando sus manos. Y así, ante aquel amanecer bermellón, Khan D'Assemps, desafió a los cielos.

Y labios ajenos probaron su sangre, tomando una segunda vida que no estaba destinada a vivir.

* * * Fin del Flashback * * *

Mientras los recuerdos se difuminaban en sus ojos, Khan volvió a la realidad.

Estaba a escasos metros de la niña que había salvado... El descubrimiento de que ambos compartían el mismo techo, estaba llevando a su lobo, a una locura infinita.

Ella, terrible y mundana niña.

O no tan niña.

Había crecido, dejando entrever los atisbos de una belleza particular...

¿Cómo es que nadie le había comunicado de su existencia? Ni siquiera los guerreros habían murmurado sobre ella. Aunque pensándolo bien, ellos ni siquiera se atrevían a susurrar cuando él estaba cerca.

¿Cuántos días lleva allí? ¿Meses?

Imposible.

Ante la sola idea de saber las cosas que podían haberle hecho dentro del castillo y de las que él era ajeno, provocó que su lobo gruñera en respuesta iracundo.

Pudo ver a las esclavas dar un paso atrás y a su madre llevar su mano al pecho.

—Hijo, ¿estáis bien? —Los ojos azules de su madre lo examinaron alzando una ceja un tanto preocupada.

—He tenido un mal despertar madre.

Su voz gruesa y fría resonó en todo el lugar y pudo sentir el hedor de excitación de varias esclavas, sin embargo la pequeña roja destilaba nervios y miedo, su lobo se sintió irritado ante tal hecho.

Las esclavas procedieron a servir su desayuno, la morena era encargada de la leche y rápidamente rellenó las copas de sus padres con movimientos lentos y cuidados. Khan pudo notar como su miedo se hacía más notorio conforme se le acercaba y comprobó cómo las manos de la mujer temblaban.

Era imposible que ella lo recordase. Estaba prácticamente muerta por el amor de los Dioses.

Pero, si ella lo recordaba...

Podría hablar.

Oh no, él no quería tener que callarla.

Su lobo empezó a rasguñar sus entrañas ante ese extraño pensamiento de ella sin vida en sus brazos.

Intento, fríamente, el quedarse quieto tratando de aparentar no ser tan grande y aterrador como sabía que parecía. Era inútil. Su ancha espalda y sus brazos musculosos parecían gigantes al lado del diminuto cuerpo de la joven. Realmente ella era muy pequeña...

La preocupación azotó su cara por un segundo.

—No quiero leche. —Su voz salió mucho más dura de lo que esperaba provocando que la joven diera un paso para atrás intimidada chocando

con Lady Amarhia.

¿Y si no comía?

¿Qué les servían a los esclavos?

¿Comían dos veces al día al menos?

¿No tenía nada más que ese sucio vestido?

Su lobo no paraba de hacer preguntas y frunció el ceño ante el dolor de cabeza, sentía su piel caliente y sus manos sudorosas, ¿estaba por enfermar?

—Mirad por donde vais esclava —la mujer la empujó a un lado posicionándose al costado de la reina mientras la pequeña se tambaleaba ligeramente derramando la jarra de leche al suelo.

—Amarhia por favor. —La reina miró a la susodicha y frunció sus labios mientras la otra se encogía de hombros.

El alfa clavó su mirar plata en ella con algo más que gélida frialdad. Aquella mujer era el demonio en carne propia.

Lady Amariha era sobrina de la reina. Junto con su hermano mayor Lord Kvel se habían quedado huérfanos siendo niños; al ser sobrinos directos de la reina, los habían acogido como hijos propios en el castillo ante el deseo de la reina de tener muchos hijos.

Amariha era como el resto de su especie, de cabellos color trigo, de ojos azules y piel blanquecina. Criada siempre entre lujos, su personalidad correspondía con su actual título, la princesa K'Assemp; soberbia y de gran belleza siempre había sabido como jugar con la gente y tenerla a sus pies, era ella siempre la cara visible del reino.

Muy al contrario estaba Lord Kvel, un hombre rubio cenizo, callado, respetuoso y de gran intelecto. El mejor amigo y consejero de Khan pero entre otras cosas manejaba la economía del rey, la compra-venta y también distribuía las tierras adquiridas para los distintos campos de cosechas que tenían. Y a pesar de ser muy solicitado entre las sub-alfas viudas, su corazón estaba vacío luego de la muerte prematura de su pareja, desde entonces se había vuelto un alma solitaria, dedicado en cuerpo y alma a servir al anterior rey Arhán y a su mejor amigo para no perder la poca cordura que en su ser quedaba.

Lord Kvel apareció saludando a los integrantes mientras se posicionaba al lado de su hermana, ignorando a la joven petrificada mientras Mornah

casi corría hacia la pequeña.

—Niña torpe, maldita inútil. Venid ahora mismo a limpiar —levantó su mirada llamando a dos de las esclavas mientras cogía del brazo a la morena—. Te quedarás sin comer hoy, por tu torpeza.

Ineset, aún seguía completamente petrificada viendo la jarra de leche, en el suelo empapando sus descalzos pies. Extraños recuerdos azotaron su mente.

El fuerte aroma del príncipe le era familiar, esa mezcla a tierra mojada y pino...

La bofetada dura y certera de Mornah la devolvió a la realidad enviándola al suelo segundos después mientras un largo aullido retumbó contra los cristales del gran salón.

Podía sentir su oreja arder y un largo pitido. Al apoyar sus manos sobre el suelo, pequeños fragmentos de porcelana se clavaron en sus palmas y sus piernas desnudas haciéndola gemir de dolor. Parpadeó varias veces aguantando sus lágrimas esperando un segundo golpe que nunca llegó.

Al levantar su mirada pudo ver al príncipe de pie, con sus manos sobre la gran mesa mirando directamente hacia su agresora. La silla había caído tan fuerte que el suelo se había partido.

—Se me olvidará un día que sois mujer Mornah —su voz era baja pero cortante mientras grandes y afilados caninos se mostraban amenazadoramente.

—Hijo... —La reina se levantó de su asiento completamente sorprendida.

—¿Qué está pasando aquí?

Una voz profunda se hizo presente en el lugar.

Khan se giró mirando al gran hombre musculoso con su torso desnudo. Era alto, no tanto como el príncipe pero su musculatura se asemejaba bastante a un gran oso pardo, su piel era dorada y su cabello corto y oscuro haciendo contraste con sus ojos color miel. Se acercó lentamente mientras sonreía amigable.

—Vuestro bramido se ha escuchado en los pasillos de las celdas, dejad de asustar al personal maldito chucho.

Hakon El Fuerte, era el más confiable de los guerreros que el reino tenía, mano derecha del príncipe en las batallas y amigo íntimo también. Era descendiente directo de la primera concubina que había engendrado a un

alfa, además era jefe de alto mando de los guerreros y verdugo del reino. A pesar de su aspecto y de lo que hacía, Hakon era un hombre sencillo, gracioso y con mucha paciencia, al contrario de su amigo el alfa.

—Cállate maldito oso —el alfa sonrió de medio lado a sabiendas de que su amigo odiaba que se lo comparara con aquel animal y miró a Mornah la cual había mandado levantar a sus esclavas mientras una por una se retiraban—. Estáis informada Mornah, a la siguiente mandaré a Hakon a que os azote por cuatro días, nosotros no maltratamos a nuestras esclavas, mucho menos a las marcadas, son valiosas en el reino y nos recuerdan lo que no ha de pasar de nuevo. A menos claro, que quieras que te cambie a ti, por un puñado de sirvientas de algún reino vecino...

Hakon estalló en carcajadas secas mientras miraba a Mornah amenazadoramente, para luego parar súbitamente al ver a Ineset.

—Y limpiadla, lo último que necesito es una esclava menos esta noche.

Khan miró una última vez a Mornah antes de salir del gran salón acompañado de su mano derecha, sin mirar atrás.

Capítulo 7

Ineset aún seguía aturdida mientras limpiaba los suelos horas mas tarde en los pasillos que daban a la entrada del palacio, el príncipe era gigante...

Miró sus manos con pequeños cortes ahora ya cicatrizando, y revivió la escena en su mente. Una y otra vez... Se había mantenido curiosa mirando ir y venir a los reyes y demás personal pero no había vuelto a ver al príncipe en las siguientes horas, ya que ni siquiera se había presentado a comer. El castillo por otro lado se preparaba para la fiesta de la luna llena, esa misma noche una gran celebración se llevaría a cabo, ya que el susodicho cumplía años.

La luna llena salía cada cuatro meses exactos. Esto les daba la oportunidad a los lobos de encontrar a su pareja tan solo con tres lunas al año. El motivo no era otro que eran cuatro los meses, que se tardaba en engendrar a un lobo cambia formas, de ahí a que sólo hubiera tres lunas llenas. Desde que nacían, sus padres sub-alfas comenzaban a buscar a sus parejas respectivas; otros esperaban a la madurez sexual del infante, catorce años en los hombres y dieciséis en las mujeres.

Pero, las fiestas del reino tan sofisticadas por fuera también servían para sacar los más bajos instintos de los lobos, el sexo, algo oculto debajo de esa capa de brillo.

Miles de orgías tenían lugar en el jardín frente al rey y la reina que comían o se besaban tranquilamente en su propia burbuja y frente a niños jugando entre ellos en su forma lobuna ajenos a los efectos de la luna. Cuándo encontrabas a tu pareja, decían, que volvías a ser un infante ya que la luna no te enloquecía con la necesidad de encontrar a tu otro yo, solo despertaba más el apetito sexual y la posesión hacia tu pareja, que de por sí, era muy fuerte.

Los guerreros eran encarcelados y los esclavos lobos primitivos eran encadenados a la pared de los calabozos, impidiéndoles escapar del castillo en la luna llena, eso incluía a Enya. Una joven de baja estatura y voluptuosa, con facciones muy delicadas, de cabello oscuro y recto que caían hasta sus hombros; era la única amiga que Inés tenía en el castillo.

Era una loba común la cual trabajaba como bailarina en el castillo luego de quedarse huérfana después de aquella fatídica noche. Su familia había sido cazada por aquel grupo de osos en la luna roja. Uno de ellos la había tirado contra la pared dejándola inconsciente al intentar defender a sus hermanos pequeños y dándola por muerta, se habían encargado de matar al resto de la familia. Esa noche, se lesionaría haciéndole imposible volver

a su forma animal.

Luego de la tragedia, Enya descubrió que había quedado huérfana y en la absoluta miseria ya que sus padres estaban repletos de deudas. Unos meses más tarde había vagado de casa en casa de vecinos y familiares hasta que su tío, cansado ya de la situación la echó a la calle, donde se dedicó a bailar en la plaza del pueblo a cambio de unas pocas monedas o alimento, ganándose el apodo de "la gitana". Y así es como Mornah la había encontrado meses más tarde.

Enya, a pesar de todo, era feliz viviendo en el castillo. Era seguro, tenía una cama de paja, en el suelo, pero cama y la misma comida que se les daba a los animales, pero con la certeza de que cada día comería. Y a pesar de los golpes y castigos, se sentía afortunada.

También fue la única persona que se acercó a Inés al llegar al castillo, con esa gracia al moverse, despertaba la envidia del resto de sus compañeras quienes la ignoraban, con su personalidad tan extrovertida y jovial no tardó mucho en ganarse el cariño de la pequeña. No fue difícil que la transfirieran de cuarto, nadie quería dormir con una gata, decían que eran seres traicioneros. Su amiga fue la única que aceptó, quedando así como compañeras. Ambas huérfanas y sin un pasado al que volver ni un futuro a donde ir.

Los demás esclavos de otras razas servían durante el banquete ya que sus lunas eran distintas a la de los lobos y algunos tenían algo llamado celo, como el caso de Ineset.

Su primer celo sería en menos de tres meses.

La aterrizaraba sentirse encarcelada como Enya, no sabía qué tipo de emociones tendría, que iba a sentir llegado el momento. Según su amiga, era como tener un picor por dentro y no poder rascarse, nada te consolaba, pensabas durante toda la noche en ese picor, incluso días más tarde podías seguir sintiéndolo.

¿La llevarían a los calabozos?

¿Qué haría allí sola?

Era la única gata que había sido enviada como esclava al castillo junto a otras dos que se habían muerto meses después por un virus. Estaba sola en esto.

Con esos pensamientos en su cabeza dijo adiós a su amiga, mientras era llevada con el resto a los calabozos, su mirada y su gracia al andar habían

perdido su brillo mientras gruesas lágrimas caían por sus mejillas.

Dos horas más tarde de la caída del atardecer, a Inés le dolían los pies de tanto estar en una misma posición con aquellas pesadas bandejas de guarnición. Carne cocinada y cruda adornaba la mesa junto a miles de botellas de vino, cerveza y un extraño líquido que era azul. Los invitados comían, reían y bebían en distintas mesas redondas mientras el rey y su familia, comían en una mesa alargada unos peldaños más arriba del resto, ajenos al bullicio. Por todo el decorado salón, grandes perros negros cambiaformas y esclavos de los subalfas, corrían entre las mesas buscando los huesos que sus amos tiraban al suelo, con desesperación. La escena era de lo más grotesca e Inés estaba horrorizada, no se parecía en nada a lo que escuchaban desde abajo, los violines casi eran ensordecidos por las constantes risas y los eructos de varios presentes, eran animales en toda regla. Y por supuesto, los reyes estaban completamente ajenos al panorama.

Esta era la primera luna llena que la felina servía en el gran salón, siempre había estado en la cocina preparando los postres pero este año Mornah había tenido muchas bajas por muertes de muchos esclavos durante el comienzo del frío y la habían transferido a servir en el gran salón, eso significaba verlo a él.

Khan estaba completamente asqueado y cansado de ver cuatro veces al año más de lo mismo y encima, debía celebrar su cumpleaños al mismo tiempo en un escenario tan grotesco. Mujeres despechugadas mostrándose como auténticas putas ante los presentes. Con demasiado maquillaje, sin bañarse para que su olor fuese más fuerte y atrajera a su pareja y lanzando miradas morbosas a todos los presentes. Desesperadas por encontrar sus felices para siempre.

Pero Khan sabía de primera mano que eso, en muchos casos no era así. Con el tiempo, se había perdido la esencia de buscar a la que debería ser el alma gemela de alguien. Acuerdos y mucha falsedad adornaba año a año el ambiente. Y ya era muy pocas las parejas que realmente se casaban con el que debiera ser su amor verdadero y eran más bien un tratado para ver quién sería más rico y se codearía con el rey.

La realidad sin embargo y la que solo conocía el rey, era que muchos de ellos, no habían encontrado a su pareja y a sabiendas de que si no formaban una familia rápido serían unos parias, habían comenzado a buscar enlaces de conveniencia con otros en su misma situación.

Khan estaba infinitamente agradecido por no haber captado a la que debiera ser su pareja en el ambiente. Otro año más y seguía sin aparecer. Daba gracias a los Dioses de que ninguna de aquellas potenciales prostitutas fuera "la elegida". Sin embargo era consciente de que debía encontrar a alguien en seguida o se vería obligado a buscar una sustituta.

La idea desde luego era tentadora. Viviría su propia vida tal y como había planeado y no estaría bajo el hechizo de ninguna hembra.

Miró a Amariha de reojo, llevaba un tímido escote mientras abanicaba su rostro suavemente, completamente azorada por la alta temperatura que hacía en el lugar debido a las múltiples chimeneas encendidas que dibujaban grotescas sombras a la luz de las velas. Su mirada glacial estaba clavada una noche más, sobre Hakon. Khan casi pudo sentir pena por ella. A su lado su hermano estaba terminando con lo que debía ser su cuarta jarra de cerveza sin mirar a nadie en especial, absorto en su propia pena.

Desde luego era un trío muy peculiar. Una enamorada de un hombre al que no podía amar, el otro había perdido al que había sido su futura esposa y él, asqueado ante el pensamiento de tener que desposar a cualquiera de aquellas mujeres. Pero sus ojos, aún miraban con envidia a aquellas parejas imprimadas de verdad. Las que sí tenían asegurado un final feliz. Se veían absortos en sus parejas, sonriendo y compartiendo la comida, cuidando de sus mujeres embarazadas o de sus hijos.

Apartó ese extraño pensamiento de confort ante aquella particular escena, sus ojos vagaron lentamente por la estancia y se clavaron nuevamente en la pequeña esclava.

Sus inútiles brazos de primitiva, cargaban estoicamente una gran bandeja con lechuga, tomate y patatas cocidas. Se paseaba por las mesas ofreciendo a los invitados la guarnición con una sonrisa tensa y fingida. Admiraba su fuerza, debía de llevar varias horas yendo y viniendo con grandes bandejas cargadas de comida, sin embargo en ningún momento había mostrado signos de dolor. Además el ambiente era cada vez más caldeado y los comensales comenzaban a estar borrachos.

Ineset se sentía observada y aunque intentó no incomodarse, lo estaba. Su curiosidad la había llevado a mirar al príncipe varias veces y ver que distintas mujeres con preciosos y escotados vestidos se le acercaban y coqueteaban con él sin timidez alguna. Eran mujeres hermosas.

A esas alturas ya varios asistentes estaban ebrios y de vez en cuando sentían como hacían el amago de tocarla pero rápidamente se apartaba, al dejar una de las jarras en la mesa, uno de los invitados la miró. Era gordo y su barba larga y descuidada contenía restos de comida, le sonrió de manera asquerosa y estrelló su mano contra el culo de la joven.

-Tráeme más cerveza esclava.

La mujer que estaba en su regazo la miró con asco y volvió a beber de su copa, completamente ebria y atrayendo nuevamente la atención del

hombre hacia ella, besando sus labios con urgencia.

Ella asintió asustada por el toque con pequeñas lágrimas en sus ojos y salió rápidamente hacia las cocinas, mientras bajaba las escaleras las lágrimas corrían por su rostro, sentía que el aire le faltaba y miles de recuerdos volvieron a su mente. Al llegar a la cocina, Grudd, el cocinero le dio un vaso de agua y la hizo sentarse contra el frío suelo unos minutos para calmarla.

-Aguanta pequeña, falta menos para que se retiren a los jardines...

Suspiró levantándose y cargando otra bandeja en sus manos y subió hasta el gran salón, al llegar pudo ver ya a varias parejas besándose entre ellas bailando por la estancia mientras los niños corrían persiguiendo a los perros por todo el gran salón, varias mujeres tenían sus pechos al aire mientras hombres mamaban sus pezones cómo si fueran criaturas... Pudo ver a Hakon cerca de la mesa de la familia mientras le hacía señas para que se acercara. Dejó la bandeja en la mesa y se posicionó al lado de su amigo intentando ignorar lo que ocurría delante de sus ojos, fingiendo limpiar los platos con restos de comida.

-Quédate a mi lado, hasta que todos se vayan... -Hakon le habló por lo bajo pasando por su lado y luego volvió a su posición inicial.

Ella asintió lentamente y miró una fracción de segundo al príncipe el cual miraba el gran salón con una expresión gélida. Un cañonazo la sacó de su ensoñación y la hizo pegar un salto, ganándose risas suaves de algunas subalfas que estaban cerca, burlándose de ella.

Era la hora, todos habían dejado de comer de repente, alzando sus copas en alto.

-Queridos hermanos y hermanas. -El rey Arhán se había levantado de su asiento alzando su copa con una genuina sonrisa-. Que otra luna más gocéis y bienvenidos seáis a los nuevos lobos que se incorporan hoy a nuestra manada, espero que encontréis a vuestra pareja.

Aplausos y ovaciones no se hicieron esperar y el rey, sonriendo levanto una mano haciéndolos callar.

-En cuanto a ti, hijo mío -el hombre se volvió para ver a su hijo levantarse de su silla-. Te deseo prosperidad en este nuevo año de tu vida, como futuro rey de este tu pueblo. Esperamos pronto verte desposar y traer prosperidad a este tu pueblo y manada.

Khan ignoró las últimas palabras de su padre y alzando su copa, miró a

los presentes.

-Que comience la cacería -dijo sin más.

Rápidamente todas las jóvenes no imprimadas se levantaron y corrieron hacia los jardines aullando mientras vestidos y trajes eran arrancados de sus calientes cuerpos. El rey y la reina se unieron a la larga cola de invitados emparejados aun sonriéndose mutuamente ajenos a lo vulgar de la situación. Por el rabillo del ojo pudo ver a uno de los príncipes coger dos botellas de ginebra y subir por las escaleras que llevaban a los aposentos reales, mientras la princesa se levantó lentamente y aceptó educadamente la invitación de un apuesto lobo sub-alfa para acompañarla hasta los jardines bajo la atenta mirada de su amigo Hakon. El príncipe sin embargo seguía sentado y ahora la miraba fijamente sin reparos luego de rechazar a varias mujeres que le invitaban a ir con ellas al jardín.

Nerviosa se despidió de su amigo y se dirigió junto con el resto de los esclavos hacia la cocina en fila llevando las bandejas intactas de comida, para preparar las bandejas llenas de postres que servirían en el jardín bajo la luz de la luna a los reyes y sus invitados imprimados.

Inés, era una persona patosa por naturaleza, más lo era caminando por el césped húmedo debido a la temperatura avanzada de la noche y con una bandeja de copas llenas en sus manos que esta vez era de un extraño líquido dorado, con cuidado de no resbalar salió por la pequeña puerta asignada hacia el frío de la oscuridad. Gritos desgarradores atravesaron la noche erizando su piel, provenían de los calabozos que se mezclaban con la música festiva que se oía a lo lejos en los jardines. Los aullidos taparon los gritos haciendo su trabajo más fácil, sin embargo sus manos temblaban.

Todos habían comenzado a buscar a sus parejas perdiéndose por los laberintos y los bosques del castillo mientras la luna se alzaba entre las montañas. La felina miró un momento la luna embelesada hasta que una de las esclavas la empujó para que se moviera, rápidamente dejó las copas en la mesa alejándose rápidamente hacia la cocina volviendo a escuchar los gritos, con el paso de las lunas había aprendido a identificar el grito lastimero de Enya desde su cuarto, pero escucharlo tan de cerca le ponía los pelos de punta. Una vez en la cocina tuvo que apoyarse en la pared dura y fría, sentía que iba a desmayarse. Ella sería esa dentro de unos meses sin embargo, no habría música y aullidos que taparan su dolor...

-Ineset, ve a encender las velas del altar -dijo Mornah apenas entró en la cocina.

El altar era donde se conservaba la estatua de la diosa y que cada luna llena se encendía para traer buena suerte y prosperidad a los jóvenes

lobos y lobas del reino.

Grudd la miró pálido, solamente unos segundos mientras la altanera mujer se retiraba con una sonrisa malvada adornando sus labios y ella supo que la mandaba a uno de los muchos sitios donde estaría insegura y aislada del ruido. Era una zona en donde estaría completamente sola y si algo le pasaba...

El cocinero tragó duro, era su guardián al igual que Hakon, siempre cuidaba a todos los esclavos pero en especial de ella y Enya, procuraba proporcionarle en las gachas algunos restos de comida del castillo, darles agua en abundancia y conseguirles mantas para el duro invierno que traía del pueblo escondidas entre la verdura. Rápidamente la abrazó haciéndole gestos para que volviese rápido, Grudd era sordomudo.

Tragó saliva aturdida, no le quedaba de otra que asentir y tomar rumbo al piso superior.

Con el corazón latiendo deprisa y con la certeza de que la mayoría de los guardias reales estaban custodiando a los reyes y los guerreros permanecían encarcelados, se dispuso a hacer la tarea lo más rápido que fuera posible ya que nadie le aseguraba que algún sub-alfa no apareciese por allí.

Agachó su mirada al ver pasar a dos de ellos, enfrascados en una charla tensa completamente ebrios, ni siquiera notaron su presencia al pasar a su lado. Siguió su camino metiéndose en uno de los pasadizos menos concurridos que daban al gran salón, solamente los habitantes del castillo conocían ese atajo, antiguamente lo habían utilizado muchos antepasados para espiar y oír las conversaciones de sus invitados. Sus ojos se ajustaron a la oscuridad y rápidamente consiguió subir las escaleras de caracol que llevaban al piso superior en donde la luz brillaba tenuemente.

Al final del pasillo, enormes ventanales reflejaban en el suelo la luz brillante y blanca de la luna. Un largo pasillo formado de velas encendidas decoraba la estancia hasta donde había un gran altar con la estatua de la que debiera, ser la Diosa. En las paredes, había grandes murales pintados finamente en donde se retrataban las leyendas de la Diosa.

El sitio estaba en completo silencio, lejos de los gritos y aullidos, casi en paz. Ineset nunca antes había visto el lugar de noche pero si había limpiado a conciencia junto con otras esclavas la estancia. Sin embargo, ante aquel panorama y la Diosa completamente oscurecida Inés tuvo miedo. Su pose parecía guardar más de lo que aparentaba.

Un escalofrío recorrió su columna mientras caminaba bañándose de la luz de los altos ventanales. No se sentía sola, como si miles de ojos la

estuvieran observando.

Una a una, fue encendiendo las velas hasta que la Diosa, volvió a brillar.

Debía de haber pasado un buen rato, ya que al tocar sus brazos, su piel se sintió fría. A pesar de estar tenuemente iluminada, la estancia se mantenía helada. La urgencia activó su cuerpo, de repente no se sentía cómoda en aquel lugar y apurando su paso cruzó el largo pasillo. Un ruido la hizo girarse, viendo como una de las velas se había caído y se había apagado, se dispuso a salir igualmente cuando al volverse hacia la entrada, pudo ver a un hombre, tambaleándose hacia ella, con una amplia sonrisa maligna en su rostro.

Ineset sintió su vista nublarse mientras asustada volvía a correr hacia el altar pero se vio tirada al suelo, sin compasión, rasgando su mejilla contra la dura piedra y tirando sus utensilios al suelo. La mujer se estremeció al sentir el olor a alcohol y un duro cuerpo apoyarse sobre ella, era un guerrero, lo sabía por su olor a suciedad y a orina mezclada con el sudor. Inés entró en pánico al notar como manos ajenas subieron por sus muslos y manosearon el resto de su cuerpo, una de ellas subió hasta su boca tapándosela rápidamente mientras en vano la joven intentaba apartarlo de encima, era inútil ya que su cuerpo la aplastaba contra el suelo y sentía como oprimía sus pulmones con su peso.

-Me tendré que conformar contigo por ahora... - Su aliento podrido le dio arcadas y asustada comenzó a llorar.

Estaba histérica, era un pasillo vacío y poco concurrido donde no escucharían sus gritos, con un lobo encima, más fuerte que ella y si se resistía podría matarla de un solo golpe, Inés abrió grande sus ojos al notar como la otra mano se abría paso entre sus muslos y llegaban a su sexo desnudo.

-Pequeña perra desnuda, te gusta que te follen, ¿verdad puta? -El hombre se rio secamente contra su oído mientras gemidos de terror y el olor a miedo de la joven inundaban el ambiente.

Ineset comenzó a llorar mientras ahogaba sus gemidos de temor en la mano del desconocido, iba a violarla. Cerró sus ojos sin dejar de llorar y se preparó para lo que venía mientras recuerdos olvidados rasguñaban por salir a flote, un aullido frío como el hielo retumbó contra los cristales.

El príncipe miró al hombre gruñendo mostrando sus enormes dientes mientras salía de entre la oscuridad, el pasillo ahora parecía mucho más pequeño con su presencia. Clavó sus gélidos ojos sobre el hombre mientras avanzaba estirando su cuerpo y poniendo sus manos en puños

tensionando sus brazos, mostrándose enorme y potencialmente mortal.

La rabia inundó su ser.

Ineset se tensó, aún no sabía quién era y más miedo brotó de ella pero un olor familiar la hizo quedarse paralizada.

El guerrero se apartó de ella y miró a su superior comenzando a retroceder; palabras sin sentido salieron de su boca, él seguía avanzando hasta estar delante de su guerrero, acto seguido simplemente le gruñó de manera autoritaria y lo cogió de sus ropas alzándolo para estrellarlo contra la dura pared y pegó su cara desencajada a la del guerrero gruñéndole fuertemente, parecía decirle algo pero ella no lo comprendía. La joven se apartó gateando lejos de la escena sin dejar de llorar viendo como el príncipe clavaba sus ojos en ella y luego, sin mediar palabra, arrastraba al hombre fuera de la estancia como un auténtico primitivo. Los gritos de horror del guerrero, se fueron perdiendo y de repente, Ineset se encontró completamente sola.

Los ojos sobre ella, parecían haberse esfumado y una punzada en su pecho la hizo gemir mientras la luna, bañaba su figura, a su alrededor, todo era silencio de nuevo.

Segundos después y aún en shock Ineset se irguió, saliendo de la estancia completamente asustada perdiéndose en la oscuridad mientras en el altar, pequeños murmullos hacían eco contra las paredes de la estancia vacía y gritos comenzaban a surgir de entre las paredes.

Capítulo 8

Atended todos, atended lo que os vengo a contar.

Y dicen, dicen...

Que hay un mundo allí fuera, lleno de dulces y galletas.

Y dicen, dicen...

Que en ese mundo, ¡podré comer tanto como quiera!

Y dicen, dicen...

Árboles de caramelo, techo de galletas, ladrillos de chocolate adornan las casas...

Calabazas dulces y puré de batata también.

Galletas de jengibre en vez de velas, ¡hmmm que manjar!

Y dicen, dicen...

Que las manzanas de caramelo son del tamaño de mi cabeza.

Dulces de todos los colores adornan el suelo...

Y dicen, dicen...

¡Que esa tierra soñada, está más allá del mar!

En donde los Dioses duermen y la tierra está en silencio...

Y dicen, dicen...

Que niña de morena piel custodia la entrada.

Vestido blanco y cabello ondulado.

Y cuando entras, un gran castillo te encuentras y en sus puertas hombres de jengibre te esperan.

Y allí, entre las ventanas de colores, yace el tesoro

Que custodia una bella reina.

Y dicen, dicen...

Que tiene el poder de convertir todo en chocolate...

¡Ojalá yo fuera un chocolate!

Pero cuidado, porque hay trampas de caramelo en sus suelos.

¡Encuentra el tesoro y tuyo será el reino...!

Niños cantaban y corrían alrededor de la plaza, descalzos jugando con palos y paja atada simulando crines imaginarias. Alegres eran sus risas mientras recitaban de memoria aquella canción que les cantaban desde la cuna mientras montaban en sus caballos. Mujeres de gran porte caminaban apresuradas sin tan siquiera mirarlos tomando fuertemente a sus niños perfectamente vestidos y con zapatos brillantes en sus pies. Miradas tristes y de envidia eran enviadas en todas las direcciones.

La noche iba cayendo y las farolas eran encendidas con perfectas velas, dejando la ciudad de un suave tono anaranjado. Las pequeñas tiendas y el olor a castaña asada inundaba el ambiente y las tabernas comenzaban a abrir sus puertas con su bullicio y jolgorio.

Los gritos de sus madres que ya habían levantado sus improvisados puestos en el centro de la plaza invadían el ambiente, algunos seguían jugando y riendo mientras otros corrían obedientes hacia ellas, y uno de ellos, chocó contra un cuerpo duro y grande. El niño miró hacia arriba, para encontrarse con un gran sujeto encapuchado, ojos verdes y fríos mirándole.

Sonriendo miró su atuendo, tocando con su mano la capa, curioso.

-Perdone usted señor...

Luego se encogió de hombros ante la falta de palabras y siguió su camino hacia su madre que ahora lo llamaba nerviosa por su nombre.

Khan, le gustaba perderse largas horas por lo ancho y largo de su reino. A veces, acudía al pueblo, a vigilar a su gente. Pero en el fondo, el hombre disfrutaba del bullicio que se formaba en las calles, la libertad y la paz que sentía, allí, siendo un simple caminante. Sus ropas oscuras y desgastadas lo hacían perderse entre la gente, podrían llegar a pensar que era alguien del castillo, mandado por el rey o sus hijos a por alguna cosa. O incluso algún forastero.

Las mujeres se apresuraban a hacer sus últimas compras para volver a casa mientras sus criadas volvían con los suyos en carretas que llevaban a los primitivos a las afueras en donde tenían sus casas. Pudo ver a una regordeta mujer guiar a varios pequeños, hacia su propia carreta custodiada por un burro flaco. Con cariño fue subiendo uno a uno hechando ella a andar, en sus caras se podían ver sus diferencias de especie, en sus ojos tristes la condena eterna a una vida de servidumbre saltaba a simple vista.

Mientras caminaba por los callejones más oscuros, una señora que rengaaba encorvada llamó su atención. Llevaba un manto rojo que destacaba entre la negrura de la noche, sus ropas desgastadas eran negras y pendientes de oro adornaban sus orejas, grandes y en forma de anillo, con muchas sortijas en sus dedos. Khan se quedó confuso, se notaba a simple vista que rica no era, ¿acaso robaba? Esto lo puso alerta. Si era una ladrona pagaría por ello.

Pero rápidamente descartó eso cuando la anciana se despidió con su mano de una mujer de buen porte desde la ventana de su casa. Sabía de aquellas mujeres, gitanas que leían el futuro en pozos de té o cartas. Farsantes que jugaban con las ilusiones de las ignorantes amas de casa

con dinero.

La anciana pasó a su lado y se detuvo, volviéndose hacia él. A su alrededor el tiempo parecía haberse detenido y ni un ruido llegó a sus oídos.

-Buenas noches su alteza.

Tan solo un susurro áspero. Sin embargo Khan se quedó quieto, contemplándola.

Era imposible que lo hubiese reconocido, estaba oscuro y sus rasgos quedaban ocultos por su gran capucha. Receloso miró a su alrededor y se volvió hacia la mujer.

-No se preocupe su alteza, su secreto está a salvo conmigo.

-Siga caminando -espetó bruscamente.

-Déjeme leer su fortuna...

La vieja sonrió mostrando su dentadura podrida y sus ojos grises brillaron de una extraña emoción desconocida. Extendió su mano, huesa y arrugada hacia él.

Khan la miró alzando su barbilla, aquella mujer estaba colmando su paciencia. Miró a su alrededor evaluando el callejón estrecho. No había nadie paseando por el oscuro callejón y las ventanas estaban todas cerradas.

-Quizás quiera mi señor preguntar sobre la futura reina...

Frunció el ceño ante su afirmación y entrecerró sus ojos evaluándola. Alargó su mano, fuerte y callosa hacia ella, sin miedo. Por dentro su lobo interior curioso recordaba a la esclava y su dulce olor.

La mujer tomó su mano apresurada, sonriendo fascinada, sus ojos vagaban por su mano y trazaba líneas invisibles con su uña larga, arañando suavemente su piel produciendo un leve cosquilleo.

-He de decir que es usted afortunado su alteza. Mujer bella entre bellas, de gran corazón y mirar bondadoso. Algo que este reino necesita desesperadamente.

Khan la miraba en silencio, recopilando su información, de repente parecía muy cansado.

-Antes de que la gran tormenta de nieve llegue, usted la encontrará en su estado puro. A la elegida, la dueña de ese corazón helado...

La gitana lo miró directamente mientras trazaba con su uña, líneas en su palma.

-Pero antes del atardecer, su corazón deberá descongelarse o la perderá para siempre... ¿Cree poder amar su alteza?

Sus ojos grises se clavaron detrás suyo para luego soltar su mano rápidamente, Khan pudo oír a varios hombres riendo caminando hacia ellos. Antes de que pudiera darse cuenta la gitana se había ido y con ella, su pequeña bolsa de monedas.

Sonriendo de lado, pensando que tan solo quería robarle, siguió su camino hasta perderse en la lejanía mientras desde la oscuridad, un hombre encorvado salía, siguiendo su camino, dejando atrás un manto rojo en el suelo.

□□□□□□

Inés caminaba de puntillas por la cocina, esa noche a propósito había hecho que Mornah la castigase para limpiar la cocina. Sus pies dolían, y se sentía con somnolencia para cuando había terminado lo más deprisa que sus brazos le habían permitido. Pero ahora, mientras elabora una pequeña tarta dulce, sonreía feliz, poniendo todo su empeño en que su sabor fuera el mejor.

No tenía mucho a mano y tomando las sobras había hecho una tartaleta de calabaza dulce. Quizás a él, ni siquiera le gustara una comida tan campesina, ya que había visto los postres que elaboraban para los reyes pero valía la pena intentarlo.

La joven había llorado toda la noche luego de su enfrentamiento con aquel guerrero, tampoco tuvo el valor de preguntarle a Hakon sobre qué había pasado con él, pero Enya le comentó que uno de los guerreros estaba en aislado por haber atacado a unas de las invitadas y decidirían en unos días cual era el castigo. Ni siquiera sabía si era el mismo guerrero o si el príncipe había tenido algo que ver.

Sin embargo la felina se sentía en deuda con su salvador y dado que su cumpleaños había sido hace unos días, quiso hacer algo por él. No lo había vuelto a ver dado que la esclava había mejorado y su puesto en la cocina no podía ser remplazado, quizás nunca lo volviera a ver en largo tiempo...

Debía hacerlo.

Rápidamente terminó de prepararlo y tomando un trozo de tela de un viejo vestido lo envolvió, haciendo un bonito contraste de naranja y rojo. En ese momento le hubiese encantado saber escribir para poder poner su nombre en él pero aunque lo supiera, no hubiese encontrado el valor.

Con mucho cuidado y escondiéndose entre las sombras, había subido rápidamente hasta los aposentos en donde descansaban el príncipe y sus hermanos. Con el corazón en un puño ante el temor de ser encontrada y sabiendo que si la hallaban la pena podría ser la muerte, Inés, siguió adelante.

El pasillo estaba bien iluminado y con temor, se apresuró a olisquear el aire, intentando buscar su olor, acercándose cuidadosamente hacia las puertas que flaqueaban ambos lados del pasillo. Se detuvo sobre una gran puerta que triplicaba a su altura.

Miró a ambos lados y rogando a los Dioses por su buena suerte, depositó su pequeño presente sobre el frío suelo, para luego salir corriendo por donde había venido con su corazón latiendo con fuerza.

Los siguientes días, Inés siguió su rutina como cada mañana, no había vuelto a ver al príncipe, sin embargo en su corazón latía la felicidad de que quizás él había probado su postre. No era como si supiera quién podría haberlo horneado pero no perdía la esperanza.

Grudd le había pedido ir a por huevos frescos y saliendo al frío del alba, la joven iba tarareando su canción, sus pies mojándose con el rocío de la hierba y escuchando el bufido de los animales en los establos. Al llegar al gallinero comenzó con su charla mañanera.

-Buenos días a vosotras también mis peludas amigas...

El relincho de un caballo la hizo girarse y dejar de poner huevos en la cesta de mimbre. Un gran caballo negro estaba merodeando los establos, de un lado a otro.

Asombrada y maravillada porque nunca antes había visto uno de tan cerca, no pudo evitar ir hacia él.

-Estás muy lejos de los establos reales amigo... -pensó.

Sin miedo alguno, se acercó para tocarlo y el animal se centró en ella, clavando sus ojos marrones y acercando su cabeza en busca de más caricias.

En su montura, un trozo de tela llamó su atención, lo tenía anudado a unas de las riendas. Lo reconocería en cualquier lado, era la tela de su propio vestido. Levantando su mirada miró al caballo, extrañada.

Fuertes manos la atraparon rodeando sus brazos para luego tapar su boca arrastrándola hacia el gallinero oscuro y vacío.

-No gritéis.

La sorpresa azotó la mirada parda de la joven, quién se tensó al reconocer la voz del príncipe a sus espaldas.

Él solamente la soltó cuando estuvo seguro de la que joven no gritaría, luego la giró, para obligarla a mirarlo.

Sus ojos, le dejaron sin aliento.

Una mezcla de ojos pardos y dorados se esparcía como caramelo caliente en el mirar exótico de la joven. Grandes pestañas negras carbón se batían sorprendidas ante él. Desde lo lejos le habían parecido marrones pero de cerca, podía ver que en realidad pequeños puntos dorados se mezclaban entre el verde y el marrón.

Buscó en su mirar, algún signo de que podía reconocerlo, quizás ella sabía qué había hecho. ¿Y si pensaba chantajearlo? ¿Y si se lo había contado a alguien?

-Por qué habéis hecho ese pastel.

Ineset parpadeó maravillada sin dar crédito a verlo tan cerca. Sentía sus manos hormiguear y sus mejillas calientes. Su pelo gris caía sobre su cara a un lado mientras sus cejas se juntaban frunciendo el ceño. Sus labios eran delgados y de un rosa pálido que hacían contraste con su fuerte mentón cuadrado y una nariz recta perfecta. Pero lo más sorprende eran sus ojos, verdes oscuros como las copas de los árboles de invierno. Frías pupilas negras clavándose sobre ella. Sus manos eran grandes y fuertes y podría defender a cualquier mujer bajo su mando. Se veía varonil y todo un alfa. Y además, se dirigía a ella como había oído que lo hacían aquellos hombres sub-alfas cuando hablaban con las bonitas mujeres de su manada. No debía dirigirse a ella de esa manera pero sin embargo él lo hacía.

Su cuello dolía ya que a su lado, apenas le llegaba a su pecho, demasiado pequeña frente a su imponente altura.

-¿Es que acaso sois sorda?

Ineset intentó contestar, sentía las palabras arremolinarse en la punta de la lengua pero era demasiado tímida ante la idea de hablar ante él.

Su habla era mucho más torpe y basta frente a él, que desde luego se notaba que era un hombre instruido. De repente Inés se sintió insignificante a su lado y no quería permanecer a su lado.

-¿Es que no pensáis contestar? ¿Vos hicisteis ese postre?

Su corazón palpitó, al saber que él había pensado en ella como su admiradora.

Asintió lentamente mirando a cualquier punto menos a él. El agarre en su cuello se hizo más fuerte y no pudo evitar gemir por lo bajo de dolor. Inmediatamente Khan liberó su agarre y bajo su mano hasta su espalda mientras ella subía su mirar por unos segundos hacia él para luego volver a bajarla. Rehuía su mirada, como un ratón lo haría de un gato.

Khan recordó que los esclavos no tenían permitido mirar más de unos segundos a sus superiores, era considerado de mala educación igualar su mirar como si realmente fueran iguales.

-Miradm...

-iIneset!

Como si de un hechizo se tratara, ambos se apartaron.

Le preocupaba que pensaran algo equivocado sobre la joven, quién no tenía la culpa de ser llevada hasta ese sucio gallinero como si de una puta se tratara.

Sin detenerse un minuto, Inés tomó la cesta de huevos olvidada y salió al encuentro de Hakon, quién tomaba las riendas del caballo del príncipe.

-¿Dónde estabas? Grudd estaba preocupado por ti. Vamos, al parecer algún idiota dejó abierta las caballerizas...Camina Mael, tu amo no está aquí...

Ineset asintió nerviosa siguiendo rápidamente a su amigo, agradeciendo que la suave brisa estuviera en su contra por lo tanto su amigo no había podido oler al príncipe. Tomó de su bolsillo un poco de lavanda que siempre llevaba y comenzó a untarla por su cuello y brazos caminando detrás de su amigo.

Khan estrechó sus ojos molesto, su amigo arrastraba a su caballo mientras parloteaba alegremente con aquella mujer, además eran cercanos, la trataba como su igual y se notaba cierta confianza para con

ella. No podía saber ni su nombre, quizás ella realmente era muda. Ahora que recordaba, nunca la había visto hablar antes, ¿sería muda de nacimiento? ¿Y por qué ella y Hakon eran amigos?

Si era así, debía dar gracias a los Dioses.

Sin embargo, el dulce sabor de su postre, aún seguía en sus labios. Aquel pequeño detalle lo había sorprendido de sobremanera y extrañas emociones habían azotado su mente parte de la noche, además su estómago se sentía revuelto. Nunca antes había probado algo que estuviera tan rico. Tenía algo especial en sus ingredientes.

□□□□□□

Que en ese mundo, podré comer tanto como quiera.

Y dicen, dicen...

Árboles de caramelo, techo de galletas, ladrillos de chocolate adornan las casas...

Calabazas dulces y puré de batata también...

En las profundidades del castillo, una dulce niña, de cabellos castaños claros e intensos ojos verdes oscuros comenzaba a dormirse al calor del fuego. Mientras su cuna se mecía lentamente y una voz suave cantaba una y otra vez la misma canción en aquella habitación vacía.

En la pared una sombra de una mujer delgada y con un largo vestido, movía la cuna con dulzura sin tocarla y pequeñas risas hacían eco en toda la habitación.

Capítulo 9

Los días siguieron pasando y pronto el otoño terminó por arrastrar las últimas noches de verano que quedaban flotando en el aire.

La Hiapa era una fiesta que se organizaba cada año en octubre y en la que todos los habitantes del reino de los lobos celebraban independientemente de su especie. En ella honraban a los Dioses y sus tierras, con música y abundante comida y durante toda la noche, nadie dormía, disfrutando de la gran estela que aparecía en los cielos. Decían que eran las bendiciones que los Dioses mandaban y que auguraban buenas cosechas y fertilidad en las mujeres dependiendo de la intensidad de su color.

En las afueras los primitivos hacían una fiesta en la plaza mientras que en el reino, se organizaba un gran baile de máscaras por parte de los reyes y sub-alfas, además, esa noche los esclavos, guerreros y demás miembros del castillo, organizaban en los jardines una gran fogata, comiendo y bebiendo en abundancia mientras cantaban canciones honrando a los Dioses.

El reino de los lobos era el más famoso en esta fiesta y el más generoso para con su pueblo. En el resto de los reinos, se hacía una celebración en el castillo y los pueblerinos celebraban en sus hogares.

Para esa misma tarde, las mesas se apilaron en dos largas filas a cada lado del salón, llenándolas de comidas y bebidas variadas. Lobas primitivas habían venido a trabajar en lugar de los esclavos, mientras ellos organizaban fuera del castillo, la hoguera y la comida asada, creando un ambiente festivo con juegos y bailes a cargo de los guerreros y la guardia real. Todos estaban tranquilos porque era considerado un insulto y una condenación para una especie el atacar a un reino vecino o entre los mismos habitantes en la noche sagrada de los Dioses.

El cielo se oscureció dando paso a largas sombras en las paredes provocadas por la gran fogata, mientras guitarras sonando al viento, daban paso a la festividad.

Ineset sonreía sentada en el suelo mientras Enya, hábilmente la preparaba. La loba tarareaba una canción conocida para Inés, pensando que quizás en el pueblo la había escuchado siendo niña pero ya demasiada acostumbrada a oírla. Sus vestidos olían a jazmín y azahar luego de frotar tanto como habían podido las flores en sus vestidos, además se habían lavado sus cabellos dby hasta habían confeccionado bonitas coronas de flores silvestres para adornar sus cabezas. Enya había machacado unos pétalos rojos contra el suelo sacándole el jugo y luego lo habían pasado por sus labios. Ambas intentaron lucir lo mejor posible para la noche más especial del año. Al bajar comprobaron que el resto de las

esclavas habían hecho cosas parecidas adornando sus cabellos intentando lucir lo más limpias posibles.

Habían tomado retazos de tela en donde traían del pueblo las verduras y los habían lavado, los anudaron a sus caderas teniendo como resultado una amplia falda. Eso las protegería del frío al menos un poco.

Mornah, impecablemente vestida de negro y con un bonito antifaz en su rostro, abrió la fiesta con uno de sus largos discursos y luego se retiró nuevamente al castillo, ella odiaba estar tanto tiempo con algunos de los sirvientes cerca. Sin tomarle importancia Grudd, hizo gestos animando a los guerreros a comenzar a asar los peces y la carne. La música no tardó en comenzar, entre violines, acordeones, flautas y demás instrumentos que algunos esclavos sabían tocar gracias a que los primitivos le habían enseñado siendo niños.

Ineset sintió su cuerpo tomar vida propia y al son de la música comenzó a moverse junto a su amiga.

Lady Amariha se asomó al balcón teniendo una vista perfecta de toda la celebración buscando entre la servidumbre inquieta, mientras que su hermano Lord Kvel leía en un sillón cerca del gran ventanal siguiendo el compás de las canciones con uno de sus zapatos.

-No entiendo cómo podeís sonreír ante tal aberración. -La rubia se cruzó de brazos sentándose al borde del sillón al lado del mayor.

-Por los Dioses Riha, es una vez al año, además es divertido. -El hombre no se dignó a mirarla, pasando su hoja con el pulgar.

-Claro, deberíais bajar con ellos querido hermano.

-Lo haría si pudiera querida...

Amariha abrió y cerró su boca parpadeando sin parar, odiaba a veces a su hermano. Estaba molesta, claramente ellos no tenían derecho...

Unos vitores la hicieron girar y muy despacio se asomó notando como algunos guerreros encabezados por Hakon, su líder, aparecían en escena. Llevaba su torso desnudo y Lady Amariha sintió la sangre acumularse en sus mejillas.

Solo se les tenía permitido ir a aquellos guerreros eficaces y de buena conducta, Hakon era asiduo a esas fiestas, en ningún año había faltado y ella, año tras año lo había visto bailar y compartir confidencias con las distintas esclavas, incluso entre ellas estaba su esclava personal, Trova.

Retorció entre sus manos sus pequeños guantes de encaje castañeando sus dientes.

-Hakon está ahí, ¿verdad?

-El gran galán no podía faltar... -Molesta apuró su copa que estaba encima de la mesa, sirviéndose acto seguido otra.

- ¿No creéis que deberíais dejar los caprichos de una vez hermana? Vuestra belleza no durará eternamente...

- ¡Kvel! -La rubia hizo un amago de abalanzarse encima de su hermano con su rostro rojo de ira pero la llegada del príncipe la interrumpió.

- ¿Qué hacéis aquí? -Khan los miró fríamente torciendo su boca.

Esperaba poder observar los festejos en paz, pero al parecer Amariha se le había adelantado. Ya había aguantado dos horas muy largas, rodeado de esa pantomima con una maldita máscara en su rostro, como si pudiese ocultar quién era en verdad.

-Riha espía a Hakon. -Kvel se encogió de hombros sin perder el hilo de su lectura

-No es cierto, -chilló ella rápidamente tomando un largo trago de su segunda copa- simplemente me molesta que hagan tanto ruido...

-Deberíais estar en la fiesta Amariha. Se supone que deberíais estar bailando con los machos disponibles.

-Estoy cansada -dijo ella por lo bajo levantándose y asomándose sutilmente al balcón entre abierto.

-Por los menos dejad de beber -dijo mirando la botella sobre la mesa, ella simplemente se encogió de hombros.

Khan frunció el ceño molesto y se acercó al balcón apoyando sus manos en las rasposas piedras que formaban un amplio balcón. Desde allí y con el viento frío dándole en su cara se pudo despejar por un momento, bajó su mirada lentamente.

Allí, entre la multitud estaba una preciosa morena con su pelo cayendo hasta su cintura agitándolo al viento, su vestido amplio se enredaba con la música y su corona de flores la hacían parecer una ninfa de los bosques. Portaba el único vestido rojo del lugar.

Danzaba alrededor de una fogata tomada de la mano de otra joven, con la misma corona de flores, que identificó como una loba debido a sus rasgos.

Ambas bailaban lo que parecía una danza antigua y pagana a ritmo de una canción que recordaba haberla oído siendo un niño. Sus brazos y manos se movían hacia el cielo, pegando de vez en cuando suaves patadas al suelo, de sus caderas colgaba una especie de larga tela que cubría sus piernas y movía de vez en cuando al son de la música, mostrando sus piernas. El olor a carne y pescado tapaba seguramente el dulce olor a flores que desprendía de su juvenil cuerpo, parecía tan viva y feliz. Ambas daban palmas y cantaban los coros de la canción que coreaban los guerreros.

Ella lucía hermosa, como si fuese la reencarnación de la mismísima Diosa, hechizándolo con cada movimiento, cada vez más.

Capítulo 10

||Flashback ||

Saltos.

Pasos.

Risas.

Sonrisas.

Susurros.

Miradas.

Pasos.

Saltos.

Risas.

Sonrisas.

Susurros.

Miradas.

Flautas y violines indicaban el camino a seguir mientras saltarina reía dando vueltas sobre sí misma.

Los violines sonaban fuertes, marcando el ritmo de sus pasos.

¡Cuidado!

Una familia de ardillas pasaba despreocupadamente por allí, ella sonrió, saludándolos, inclinándose tomando de cada extremo su vestido blanco y llevando uno de sus pies hacia atrás con su espalda recta, tan solo como una princesa podría hacerlo.

Siguió caminando, riendo, perdiéndose por el bosque, vigilada de cerca por su madre que recogía moras.

Pequeña e inocente.

Pasos.

Silencio.

Bombos.

Cuernos.

Ojos sin vida.

Lanzas.

Espadas.

Lobos.

Madre e hija pararon a mirar a una pequeña familia de patos pasar, apresuradamente.

El sol daba de lleno en ambas, iluminando su morena piel.

La exótica niña, de ojos pardos y pequeñas motas doradas sonreía observando todo a su alrededor.

-Y escucha el bosque y comprenderás, la sabiduría que hay en él. Y sigue la música y te llevará, a tu salvación. Respeta Irune. Sé valiente Irune. Aguanta Irune. Sonríe Irune.

La niña asintió repitiendo de corrido aquel verso.

Siguieron su camino, mientras madre tarareaba una preciosa melodía acercándose a los matorrales, la joven Iruna, seguía corriendo bailando al son del viento, en sus oídos, aun escuchando la hermosa melodía que tocaban en la plaza, en la lejanía. Sus infantiles dedos, trazando el compás de las cuerdas del violín, como una perfecta experta.

El bosque quedó en silencio mientras las flautas y los violines resonaban con más emoción.

Entonces fue cuando escuchó, en la lejanía, sonidos de lobos.

Su madre, miró a lo lejos, olisqueando el aire, drenando todo el color de su rostro.

-Irune, ven -susurró.

Tomó apurada la mano de su hija, ambas emprendiendo una huida, cuales ciervos asustados. La larga cola verde esmeralda que la mujer portaba de

su precioso vestido se ensuciaba con cada paso que daban, mientras el viento, borraba sus huellas para no ser descubiertas.

En la lejanía a paso firme, el rey de los lobos y el hijo de la luna, pasaban los límites que separaba el reino de los lobos y de los gatos, allá donde se esconde el mar.

|| Fin Flashback ||

Mornah había comunicado a todos los esclavos aquella mañana días más tarde de la Hiapa, que habían atacado a Trova, la esclava personal de Lady Amariha. La habían encontrado en los pastizales cerca del bosque que cubría el castillo, muerta a causa de un lobo salvaje.

Gran revuelo se formó en todo el castillo, nunca antes los lobos habían llegado tan cerca de los campos reales, generalmente se quedaban en las afueras y la histeria se hizo más notoria ya que había sido a plena luz del día, algo para nada común en los lobos salvajes, que solían atacar por las noches. Con el pasar de los días, en la lejanía, los aullidos de una jauría interrumpían la silenciosa noche. Con cada caída del sol, las puertas se cerraban para cualquiera, recluyendo a todos sus habitantes dentro y sin posibilidad de entrar para cualquiera que no estuviese antes de la caída del sol en las puertas.

Inés comenzó a impacientarse, cada día más y más encerrada en ese asfixiante lugar junto al resto de los malhumorados habitantes. Al menos, buenas noticias llegaron al castillo, al contar que nuevas parejas de primitivos se habían imprimado la pasada luna llena y muchas estaban en cinta.

Pero pronto los lobos salvajes comenzaron a ser vistos a las afueras del pueblo. El príncipe y sus tropas partían cada noche a custodiar los bosques, manteniendo a raya a sus antiguos aldeanos, muchos de aquellos lobos habían perdido a sus parejas en la luna roja y se habían vuelto locos regresando a su forma animal de forma definitiva y viviendo cómo salvajes.

Inés no podía salir del castillo si no era en grupo, y custodiada por varios guardias con el pasar de las semanas. Sus días se habían vuelto más grises y lentos, como el cielo de aquellas tierras.

Hakon, había pasado gran parte de las tardes a su lado mientras acompañaba a las esclavas a la zona más alejada de cultivo a recolectar las verduras para la comida. Su fiel amigo la ayudaba con su pesada carga mientras las demás esclavas iban delante. Hablar con él, aliviaba su dolor.

Hakon El Fuerte, jefe de los guerreros, la había salvado la primera vez que uno de sus hombres había intentado llevarla hacia su celda. Desde esa, el hombre había sido un gran guardián, siempre vigilándola y protegiéndola de posibles violaciones. Tiempo después, mientras la confianza iba creciendo, ambos sabrían que ella, era la mejor amiga de la enamorada de Hakon, Pam, quién había muerto en aquel fatídico día que Inés había sido violada.

Sus lazos, se volvieron fuertes como hilos de oro tocado por los Dioses, formando una amistad sólida antes desconocida. Ella compartía con él sus pequeños botines que Grud, el cocinero le daba a escondidas de las sobras que los reyes comían, como carne, pescado o arroz y muchas veces hasta frutas de la cosecha privada de la reina y él, siempre conseguía traerle un trozo pan o galletas del pueblo y noticias de madre Elka.

Hakon la veía como su hermana, una hermana que había sido arrebatada siendo él pequeño y que los Dioses, años después le obsequiarían con otra a la que cuidar. Ambos, soñando con un futuro que no estaban destinados a vivir.

No era una novedad que Hakon sentía cosas por la princesa Lady Amariha, Inés lo había visto con sus propios ojos en más de una ocasión pero ambos sabían que eso solo eran sueños.

Mientras volvían al castillo, ambos reían comentando los últimos chismes que corrían por el pueblo. Inés precipitadamente alzó su vista para ver a lo lejos al príncipe montado a su caballo, guiando a un grupo nuevo de guerreros, apenas jóvenes de no más de quince años.

Él la miraba, ceñudo.
Fríamente.

Un ligero escalofrío recorrió su cuerpo y distraída no pudo ver la roca delante de sus pies, tropezando con ella, estaba por caer cuando las fuertes manos de Hakon la tomaron, estabilizándola.

-¿Te has hecho daño?

Ella negó, devolviendo una dulce sonrisa a cambio, agachándose después, recogiendo la gran cesta de mimbre y las verduras que habían caído sobre la tierra. Ambos siguieron caminando, bajo una atenta mirada de acero.

Los días pasaron cada vez con más rapidez, las noches comenzaron a ser gélidas y los días más cortos también. Los aldeanos se preparaban para el crudo invierno, y sus animales de granja más preciados se calentaban a su alrededor, en el calor del hogar. Los niños dormitaban mientras sus

padres, preparaban todo para el día siguiente. En el reino, las esclavas iban hacia sus camas, los reyes aún bebían en el calor de su amplia chimenea en la intimidad de su alcoba, Lord Kvel, otra noche más, se volvía loco entre sus paredes, ante el recuerdo de su amada, mientras Khan, leía sobre leyendas del reino de los gatos, con su ceño fruncido.

En su dormitorio, Lady Amariha, vestida solamente con un fino camisón, estaba sentada sobre el alfeizar de su gran ventana, meciendo sus finas y blancas piernas sobre el precipicio. Cabellos rubios bailando con la suave brisa nocturna.

Recitaba una y otra vez, el mismo verso.

-Salid, salid de donde estéis. Criaturas, venid a mí, escuchadme mis oraciones. Oh criaturas dormidas e incomprendidas.

En la lejanía, un gran lobo blanco, miraba directamente hacia la mujer.

Capítulo 11

Ineset sonreía traviesa mientras caminaba hacia el claro del bosque antes del alba, sus pies tocando la hierba aún húmeda. Su sonrisa se amplió al ver, que un gran estanque se habría pasado en el centro del claro chocando contra un pequeño desnivel. Agua cristalina cubría la superficie de pequeñas hojas y ramas caídas, el azul claro chocando contra las rocas chocolate del peñasco.

Hakon, le había prometido que no había criaturas dentro y estaría por los alrededores vigilando, mientras montaba guardia. No corría riesgo de ser vista ni nadie se acercaría a sabiendas de que esa zona aquella mañana era cuidada por él.

Admiró el lugar como un recién nacido admirado a su madre. El lago se extendía a lo largo de la orilla y del otro lado una cascada pequeña caía pura contra la superficie cristalina. A su alrededor los peñascos se extendían recubiertos de moho y pequeños arbustos, si alzaba su vista contra el tenue sol, podría ver como en lo alto, el bosque seguía extendiéndose perdiéndose en el horizonte como naturaleza salvaje. Custodiado por dos grandes y largas rocas, que Inés juraba que parecía la entrada a una fortaleza desconocida, se alzaba un bosque distinto, descuidado, salvaje, lejos de la mano del hombre.

Suspiró maravillada mientras deslizaba sus ropas rápidamente, gimiendo ante el roce de la tela áspera contra sus heridas aún abiertas.

Mornah le había pegado aquella noche luego de romper una vasija de miel en el sótano donde guardaban los alimentos. Casi con ferocidad y rabia contenida le había propinado cuatro latigazos ante la falta de lágrimas de la joven.

Dejó a un lado su vestido y un pequeño trapo para secarse y mirando a su alrededor caminó despacio hacia la orilla, sus pies jugando con las resbaladizas piedras de colores tierra de diferentes tonalidades. Sus pasos cada vez más adentro, caminando inconscientemente hacia la cascada que emitía notas en el aire, relajando su cuerpo.

Mornah ahora la mandaba salir del castillo con mucha más frecuencia que antes, a sabiendas de que podría ser un objetivo fácil para cualquier lobo, a recoger huevos o ir a las cosechas de los reyes junto a las demás. Sin embargo Inés siempre estaba siendo vigilada por su fiel amigo.

Miró hacia las profundidades, contemplando sus pies levantar polvillo con cada paso, trayendo a su mente recuerdos felices.

Pam y ella, jugando en la orilla del mar, ella aprendiendo a hornear por primera vez pan, los pequeños niños que había cuidado antes de venir al castillo. El esplendor del Gran Salón, las fiestas del pueblo y la canción que Hakon había cantado en la hoguera. Además de recuerdos junto al príncipe.

Ineset pasó sus manos por la superficie tranquila, arrastrando esos recuerdos lejos mientras sonreía nostálgica tarareando su inconfundible canción.

El sol, curioso se asomó en su esplendor e Inés dejó que su piel disfrutara de los pocos placeres que tenía; sonriendo, mirando al cielo, calentó su alma mientras a su alrededor, a escondidas, manos invisibles la rodeaban, limpiándola, sanándola con su toque, como si fuese magia.

Se adentró más hasta que sus pequeños pechos quedaron cubiertos y frotó su cuerpo con sus manos, cerrando sus ojos.

En la lejanía, el príncipe de los lobos fue atrapado por los rayos brillantes y poco a poco abrió sus ojos perezosamente.

Su cuerpo dolía de mantenerse atado a la rama más alta, del más alto árbol del bosque. Gruñó en respuesta desatándose y colocando sus piernas alrededor de la gruesa rama, mientras apoyaba su espalda contra el tronco estirándose, admirando el imponente castillo que se alzaba lejos del bosque.

A menudo, casi siempre antes de la llegada de la luna, escalaba hasta aquel árbol sagrado, intentando rezar a los Dioses o simplemente para sentir su libertad, antes de que fuese arrebatada por el hechizo de su imprimación.

¿Cuánto más piensa tardar? Esa era la típica frase de su madre, preocupada porque aún, ya siendo un lobo adulto, su hijo no hubiese encontrado a la que debería ser la futura reina.

Khan, tampoco hacía grandes esfuerzos por buscarla, era un guerrero, no necesitaba más estorbos ni una mujer tediosa a su lado sin embargo las malas lenguas ya habían comenzado a hablar y sabía que no se vería corrector a un rey gobernar sin su reina.

Sin embargo Khan, sentía que su corazón latía cálido por una joven felina, que nada tenía que ver, con la que debiera ser su futura esposa y su compañera.

Sin embargo, su lobo aullaba de rabia al pensar en no poder deleitarse con la mujer. Y en su mente, aún corría, aquellas líneas que había leído sobre el reino de los gatos, y su preciosa hija que había muerto ahogada

por su propia madre ante la desesperación de ser ejecutadas por el rey de los lobos, su padre.

La felina, era la última en su especie de ser una gato montés con mezcla de yagareté, herencia de su tátara abuela de quién decían, era una auténtica yagareté, que gracias a las sirenas, su marido, el rey de los gatos, había logrado transformar en una humana.

Mientras tanto, Ineset disfrutaba de su fugaz baño, ajena, a que arriba, entre la maleza del bosque virgen, unos grandes ojos la vigilaban de cerca sonriendo entre las sombras.

-Bienvenida seáis, mi señora -dijo una misteriosa voz en un rasposo susurro.

Sus caminos sin cruzarse, tal y como debía ser.

A lo lejos, un grito hizo eco llamando la atención de ambos jóvenes y de la misteriosa voz, el príncipe bajando rápidamente corriendo hacia el castillo y la joven, saliendo de las aguas, huyendo asustada tomando sus ropas.

O quizás, cambiando un poco el destino.

Maldiciendo y mostrando unos dientes podridos, la voz miró al cielo, mostrando así sus ojos ciegos de color plata, mientras a su alrededor, murmullos de sorpresa se habrían paso. Caminando despacio, dejando a su paso, una amplia melena de color gris ceniza, al igual que el de la diosa y su heredero, el hijo de la luna.

Mientras corría entre la maleza ya vestida, Ineset vislumbró una melena rubia platino entre los árboles.

Una extraña figura con una capa celeste y capucha, se movía dubitativa, en uno de sus brazos y haciendo juego con su porte elegante, llevaba una cesta llena de manzanas rojas tan grandes que solo podían ser de la cosecha privada de los reyes. Se acercó despacio, temerosa de asustar a la desconocida.

-¿Quién anda ahí? -La fina voz de la mujer salió fuerte y clara-. Mostraos, ahora.

Inés se acercó a ella, reconociéndola, despacio agachando su cabeza en señal de sumisión.

-¡Dioses! Me has asustado -la joven princesa cambió su tono formal por el coloquial, ya que no estaba obligada a tratar con respeto a su

subordinada.

Con timidez, Inés asintió sin saber bien qué decir, consciente de que su aspecto no era el mejor al lado de alguien como la princesa D'Assemps.

Los claros ojos de la princesa, la miraron por un momento para luego mirar la cesta con pena.

-Yo... Me apetecían manzanas. Mi doncella... era la que siempre, sabía que las esclavas ya habían partido y bueno... Grité pensando haber visto alguien en el bosque... -Explicó mientras sus palabras, esta vez más suaves, morían lentamente en sus rosados labios.

Un déjà vu invadió a la morena mientras su sangre se helaba al escuchar un aullido.

Los pisadas acercándose a gran velocidad.

Miró hacia las puertas en la lejanía, semi abiertas y luego a la princesa que la miraba directamente sin expresión en su rostro.

Inés tomó de la mano a la princesa y sin pensarlo, comenzó a correr hacia las puertas.

□□□□□□

Uno, dos, tres..

Caballito inglés.

Uno, dos, tres...

¡Caballito inglés!

Listos o no, allá voy.

Uno, dos, tres...

¡Caballito inglés!

Los niños corrían por la plaza, mientras uno de ellos, apoyaba su codo contra la pared tapando su cara. Risas se podían escuchar a su alrededor, mientras las lavanderas juntaban agua de la fuente, y las mujeres elegantes ataviadas de bolsas y sus infantes, caminaban por las calles de piedra, meneando sus costosos peinados. Y el zapatero tarareaba una vieja melodía mientras el gordinflón de impecable traje, fumaba su pipa.

Y el aire olía a leña quemada, a frío y a hierba mojada.

El olor a pan recién hecho, salía humeando de la pequeña panadería del pueblo.

Y una vieja florista rociaba sus rosas rojas de agua, para darle un toque más bonito y vistoso para que alguien las más quisiera comprar.

Y una gitana, tocaba la pandereta mientras meneaba sus caderas, en busca de algunas monedas.

Una mañana más, todos ajenos, a que en el castillo, la princesa corría peligro. Y que todo estaba por cambiar.

Y uno, dos, tres..

¡Caballito inglés!

Listos o no, allá voy...

Inés corría, sobre la hierba mojada, la desesperación circulando por sus venas mientras sentía unas grandes huellas ganar terreno, casi alcanzándolas.

-¡Hakon! -Gritó Ineset, a varios metros en donde su amigo y el resto de los guerreros llevaban la cuenta de todos los esclavos.

El hombre se giró, cambiando su rostro sobresaltado por uno de puro terror.

Mientras veía a su amigo transformándose rasgando sus ropas en un gran lobo marrón, notó que la mano de la princesa se debilitaba y frenaba de golpe su huida, tirando de ella hacia atrás, casi precipitándola de bruces contra la hierba.

La princesa yacía inconsciente en el suelo tendida boca abajo, aún con una de sus manos unidas a la de la otra mujer. Inés se agachó asustada hacia ella, intentando levantarla, visualizando a varios metros a un lobo salvaje corriendo sin piedad hacia ellas, sus grandes fauces se abrían y cerraban, rugiendo.

-¡Despierte señora! ¡Señora!

Hakon estaba ganando terreno pero aún estaba demasiado lejos de ellas y en un intento de salvar a la princesa, la joven se levantó, protegiendo con

su cuerpo a la mujer que yacía en el suelo.

Cerró sus ojos, preparada para lo que iba a ser su muerte cuando un rugido se elevó en el mismísimo cielo. Y los pájaros rompieron en vuelo, huyendo de los bosques y todo quedó en silencio.

Al abrirlos, el príncipe, yacía frente a ella en su forma animal. Lo pudo reconocer por su brillante pelo gris y su olor que ahora era mucho más fuerte.

Era enorme, incluso con ella de pie, el lobo conseguía sacarle al menos una cabeza sobre sus cuatro patas, era largo y debajo de su pelo podía verse una gran masa de músculo. Le costó comprender, quizás por el shock del momento, que el gran lobo gris, tenía entre sus fauces el cuello del lobo negro, quién aullaba de dolor, sangre cubriendo su puro pelaje.

Hakon se acercó rápidamente, tapándole la visión de lo que estaba ocurriendo a su alrededor con su gran cuerpo. Miró hacia atrás para comprobar que los guerreros se habían transformado al ver a su Alfa y se estaban acercando. Lady Amariha aún yacía sobre el suelo, inconsciente.

Todo lo que pasó a continuación fue demasiado rápido. Hakon tumbó a su amigo contra la hierba, forcejeando con sus fauces, Inés pudo ver el cuerpo sin vida del lobo, con sus grandes ojos mirándola, sin brillo.

La muerte manchaba su mirada.

Lady Amariha fue levantada por un grupo de esclavas mientras su amiga, Enya, la tomaba entre sus brazos, indicándole que empezara a caminar.

En sus retinas aún seguía grabada la imagen de aquel lobo.

En las puertas del castillo, estaban el rey y la reina, ella, con su boca cubierta, de espanto mientras el rey, lucía perplejo.

La noche cayó demasiado deprisa, la habían encerrado luego de separarla de Enya entre gritos, en un frío y oscuro calabozo. Inés estaba confusa, no entendía por qué la habían encerrado.

Pasaron varias horas mientras ella rezaba a todos los Dioses que nadie entrara a su celda, hasta que a la medianoche, una luz anaranjada comenzó a descender las escaleras iluminando el pasillo.

Mornah la miró fríamente mientras le ordenaba a uno de los guerreros que la acompañaba, sacarla de la celda. Este la manoseó un poco cuando ella había puesto resistencia asustada, extrañado por su repentina fuerza le propinó una sola bofetada, arrastrándola por el suelo hasta sacarla de la

celda.

En silencio subieron las escaleras, mientras la conducían al gran salón. Inés había roto en llanto de manera silenciosa.

-El rey quiere verte, será mejor que contestes todas sus preguntas o de lo contrario, juro que te azotaré hasta el amanecer -le dijo por lo bajo Mornah.

Ella asintió nerviosa, alisando su sucio vestido.

La situaron delante del rey y la reina, que estaban en sus tronos varios peldaños por arriba del suelo. A su costado estaba la silla vacía del príncipe, y del lado de la reina solo estaba Lord Kvel, ni rastro de la joven princesa. Inés se preguntó si ya habría despertado y si estaría bien.

Mornah la tiró al suelo, obligándola a agacharse en señal de reverencia, saludando así al rey. Sin embargo el rey, movió su mano, apresurado, clavando sus ojos en ella.

-Dime esclava, ¿llevaste al bosque a la princesa en contra de su voluntad?

Inés alzó su vista, sorprendida.

-Señor...Y-yo, n-no...

-¡Contesta! -Le gritó Mornah tomándola de su pelo.

-Entonces -el rey prosiguió como si nada-. ¿Cómo es que nadie te vio con el resto de las esclavas cosechando?

Inés palideció, mirando hacia la reina, quién la miraba con cierta pena y los ojos fríos y ausentes de Lord Kvel. Mornah a su lado tenía una cara de satisfacción y los guerreros alzaban desafiantes una de sus cejas, como sospechando de ella. Hakon apretaba sus puños, aún con manchas de sangre sobre su torso desnudo y su fino pantalón.

-Yo...

Un reflejo llamó su atención, alzando su vista más allá del rey, en donde un amplio ventanal de preciosos cristales de colores, mostraba un hermoso lobo gris, mirándola directamente.

Parpadeó varias veces, sintiendo un extraño déjà vu, y extrañas imágenes vinieron a ellas, de amplios ventanales de colores, con preciosas mujeres

en él, como Diosas.

Dio un paso atrás, negando, volviendo a estar en el gran salón de repente.

-¡Contesta estúpida! -La zarandeo Mornah, lanzándola al suelo de un puntapié sobre su espalda.

-Puedo... -Inés se levantó, temblando, angustiada sin saber qué decir.

-No entiendo como podéis estar juzgando a mi salvadora.

Lady Amariha hizo acto de presencia, con su larga cabellera rubia suelta.

-La esclava me encontró, pérdida en el bosque. Si no fuera por ella, estaría muerta.

Alzó su cara, desafiante, llevando una mano a su pecho afligida.

Inés miró pálida a la princesa, quién la estaba defendiendo. Hakon estaba a un costado, luciendo contrariado, al igual que ella. A su alrededor todos miraban a la princesa.

-Ella debe haberme escuchado gritando por ayuda, fui a buscar manzanas porque ya no quedaban en mi habitación, no sé dónde guardan las manzanas -la princesa sonrió con pena, avergonzada, caminando entre los guerreros, hacia el trono del rey, declinando la oferta de uno de los guerreros para ayudarla a caminar-. Siento los daños que he causado, mi señor.

El rey hizo una mueca, exasperado y asintió.

-Estábamos muy preocupados por ti -dijo él, frunciendo su ceño mientras la joven se levantaba colocándose a un costado, junto a su hermano-. La próxima vez pídele a una de las esclavas que vaya por ellas. ¿Ya estás mejor de tu desmayo?

-Si-dijo ella, sonriendo débilmente, colocando un mechón detrás de su oreja inocentemente- sufrí una histeria, típica de las jóvenes. Nunca había estado tan cerca de un salvaje.

El rey asintió, al parecer satisfecho con la pobre excusa de la joven.

-Bien, llevaos a la esclava -sentenció.

Lady Amariha sonrió, como una niña pequeña mirando al rey.

-Os ruego tío, por favor, deja que me la quede.

Esta vez fue el turno de Lord Kvel mirarla contrariado.

-¿Deseas hacerla tu propia doncella, querida? -Preguntó la reina, confusa.

-Sí, es mi salvadora, creo estar en deuda con ella.

-Sois muy generosa mi señora -dijo Mornah, fingiendo una amplia sonrisa.

Inés abrió su boca sorprendida, aún allí en el medio de pie, como si fuese invisible mientras la princesa pedía que ella fuese su esclava personal.

-Los esclavos están para eso, ser fieles a nuestra familia Amariha pero puedes quedártela, tu corazón es grande.

Lady Amariha sonrió, asintiendo mientras bajaba rápidamente las escaleras, tomando de la mano a Ineset, mientras la llevaba hacia las escaleras.